

[SERMONES SOBRE EL SÍMBOLO.]

ADVERTENCIA EN LOS SERMONES SOBRE EL SÍMBOLO A LOS CATECÚMENOS.

Estos cuatro sermones, publicados conjuntamente, fueron anteriormente incluidos en el tomo noveno, y en los antiguos códices manuscritos, así como en las ediciones impresas, se les llama libros sobre el Símbolo, y se atribuyen a Agustín. El primer sermón ciertamente refleja a Agustín: no así los otros tres. En estos tres, el estilo es inculto y bajo, carece de suficiente ingenio y gravedad, como se puede ver en el segundo sermón, donde se lee, en el capítulo 2: Tenemos también nuestro auriga espiritual, el santo profeta Elías, quien montado en un carro de fuego corrió tanto que alcanzó las metas del cielo. Los pasajes de las Escrituras se citan a veces con palabras extrañas y se explican de una manera y sentido que no nos atrevemos a atribuir a Agustín, como en el capítulo 5 del mismo sermón, nn. 13 y 14. Además, sospechamos que este sermón fue pronunciado en tiempos de la persecución vándala, ya fallecido Agustín, cuando los arrianos intentaban atraer a los católicos por todos los medios, tanto con beneficios como con injurias, como se deduce de las palabras finales: Que el hereje arriano no insulte a la Iglesia. Es un lobo, reconózcanlo: es una serpiente, aplasten su cabeza. Halaga, pero engaña: promete mucho, pero decepciona, etc. En el tercer y cuarto sermón también hay muchas razones para dudar, y no menores. Posidio, en el Índice, cap. 10, enumera tres tratados sobre el Símbolo: pero estos los tienes en el tomo anterior de Sermones, en el orden 212, 213, sqq.

Al final del tomo noveno de la edición preparada por los Lovanienses se refieren catorce tratados, que, con pocas excepciones, consideramos dudosos y espurios. Algunos de estos han sido relegados a un apéndice, y otros impresos aquí en su lugar con tipos más pequeños, como el sermón del miércoles, o sobre el Cultivo del campo del Señor, en cuyo capítulo 3 se citan los pasajes de Hechos, I, 18, y en el capítulo 6 el de Juan, VI, 51, no con suficiente precisión: además de que en el capítulo 7 parece notarse la persecución vándala. También el sermón sobre el Diluvio, donde en el cap. 2 se dice que el Bautismo restaura el cuerpo al estado anterior del primer hombre antes del pecado. Y el sermón sobre el Tiempo Bárbaro, que especialmente en el capítulo 4 contiene algunas cosas menos acordes con la historia sagrada de la Biblia, así como una exhortación al final para fortalecer a los católicos contra la persecución de los arrianos. El estilo de estos tres es ciertamente tan rudo y bajo como poco agustiniano. Finalmente, tanto estos sermones como los otros tres sobre el Símbolo recientemente enumerados parecen del mismo autor, quizás algún discípulo de Agustín, cuyas sentencias a veces presenta sin mencionar el nombre del Santo Doctor; como aquella en el sermón sobre el Diluvio, cap. 3, Toma la palabra, y ¿qué es el agua sino agua? La palabra se añade al elemento, y se convierte en sacramento: que evidentemente se toma del Tratado 80 sobre Juan, n. 3. También dudamos un poco sobre el sermón del Cántico nuevo, y no sin cierta vacilación permitimos que se imprima nuevamente con el nombre de Agustín, que antiguamente llevaba. En el capítulo 3 tiene varias sentencias tomadas del sermón siguiente sobre la utilidad del Ayuno, cap. 3, a saber, Si... montaras un animal que al llevarte quisiera precipitarte, etc., y al final de este el predicador a los que van a ser bautizados, Nuestra recompensa, dice, es que en esa santa fuente nos ayuden con sus oraciones: lo que el autor del sermón inmediatamente siguiente pide de manera no muy diferente a los que van a ser bautizados, Por nuestra recompensa, en esa santísima fuente oren por nosotros.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE EL SÍMBOLO, SERMÓN A LOS CATECÚMENOS. (C,G,S)

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Símbolo es la regla de la fe. El Símbolo se recoge de las Escrituras. Dios omnipotente. Los pequeños son exorcizados y exhalados. Reciban, hijos, la regla de la fe, que se llama Símbolo. Y cuando lo hayan recibido, escríbanlo en su corazón, y díganlo diariamente entre ustedes: antes de dormir, antes de salir, protéjanse con su Símbolo. Nadie escribe el Símbolo para que pueda ser leído: pero para recordarlo, no sea que el olvido borre lo que la diligencia ha transmitido, que su memoria sea su códice. Lo que van a escuchar, eso creerán; y lo que crean, eso también lo expresarán con la lengua. Pues dice el Apóstol: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación (Rom. X, 10). Esto es el Símbolo, que van a recordar y expresar. Estas palabras que han escuchado están esparcidas por las divinas Escrituras: pero se han recogido de allí y se han reducido a una sola, para que la memoria de los hombres lentos no se fatigue; para que todo hombre pueda decir, pueda retener lo que cree. ¿Acaso solo ahora han escuchado que Dios es omnipotente? Pero comienzan a tenerlo como padre, cuando han nacido por la Iglesia madre.

2. Por tanto, ya han recibido, han meditado, y han retenido lo meditado, para que digan: Creo en Dios Padre omnipotente. Dios es omnipotente: y siendo omnipotente, no puede morir, no puede engañarse, no puede mentir; y, como dice el Apóstol, no puede negarse a sí mismo (II Tim. II, 13). Cuántas cosas no puede, y es omnipotente: y por eso es omnipotente, porque no puede estas cosas. Pues si pudiera morir, no sería omnipotente; si mentir, si engañarse, si engañar, si actuar injustamente, no sería omnipotente: porque si esto estuviera en él, no sería digno de ser omnipotente. Nuestro Padre omnipotente no puede pecar. Hace lo que quiere: esa es la omnipotencia. Hace lo que bien quiere, lo que justamente quiere: pero lo que se hace mal, no lo quiere. Nadie resiste al omnipotente, para que no haga lo que quiere. Él hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, lo invisible y lo visible: lo invisible, como son en los cielos los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades, los Arcángeles, los Ángeles, si vivimos bien, nuestros conciudadanos. Hizo en el cielo lo visible: el sol, la luna, las estrellas. Adornó la tierra con sus animales terrestres, llenó el aire de volátiles, la tierra de caminantes y serpientes, el mar de nadadores: todo lo llenó con sus propias criaturas. Hizo también al hombre a su imagen y semejanza en la mente: allí está la imagen de Dios; por eso la mente misma no puede ser comprendida ni por sí misma, donde está la imagen de Dios. Fuimos hechos para dominar sobre las demás criaturas: pero por el pecado en el primer hombre caímos, y todos llegamos a la herencia de la muerte. Fuimos hechos humildes mortales, llenos de temores, errores: esto por el mérito del pecado; con cuyo mérito y culpa nace todo hombre (Gen. I-III). Por eso, como han visto hoy, como saben, también los pequeños son exhalados y exorcizados, para que se expulse de ellos el poder enemigo del diablo, que engañó al hombre, para poseer a los hombres. No se exorciza ni se exhala la criatura de Dios en los infantes: sino aquel bajo el cual están todos los que nacen con pecado; pues es el príncipe de los pecadores. Y por tanto, por uno que cayó y envió a todos a la muerte, fue enviado uno sin pecado que conduzca a la vida a todos los que creen en él, liberándolos del pecado.

CAPÍTULO II.

3. El Hijo de Dios nuestro Señor es verdaderamente Dios y omnipotente. El Padre y el Hijo no son dos dioses, sino un solo Dios. El Hijo omnipotente y igual engendrado por el Padre. Por eso creemos también en su Hijo, es decir, del Dios Padre omnipotente, único, nuestro Señor. Cuando escuchas único Hijo de Dios, reconoce a Dios. Pues el único Hijo de Dios no podría no ser Dios. Lo que es, eso engendró; y si no es lo que engendró. Si es verdadero Hijo, es lo que el Padre: si no es lo que el Padre, no es verdadero Hijo. Observen las criaturas mortales y terrenales: lo que es cada cosa, eso genera. No genera el hombre un buey, no

genera la oveja un perro, ni el perro una oveja. Lo que sea que genera, eso que es genera. Por tanto, mantengan firmemente, con fuerza, con fidelidad, que Dios Padre engendró lo que él mismo es omnipotente. Estas criaturas mortales generan por corrupción. ¿Acaso así genera Dios? El mortal genera lo que es, el inmortal lo que es: el corruptible genera al corruptible, el incorruptible al incorruptible; el corruptible corruptiblemente, el incorruptible incorruptiblemente: tanto es lo que es, que uno uno, por eso único. Saben que cuando les pronuncié el Símbolo así dije, y así deben creer: que creemos en Dios Padre omnipotente, y en Jesucristo su Hijo único. Ya cuando único, crean omnipotente: pues Dios Padre no hace lo que quiere, y Dios Hijo no hace lo que quiere. Una es la voluntad del Padre y del Hijo, porque una es la naturaleza. Ni la voluntad del Hijo puede separarse un poco de la voluntad del Padre. Dios y Dios, ambos un solo Dios: omnipotente y omnipotente, ambos un solo omnipotente.

4. No introducimos dos dioses, como algunos introducen, y dicen: Dios Padre y Dios Hijo, pero mayor Dios Padre, menor Dios Hijo. ¿Ambos qué? ¿Dos dioses? Te avergüenzas de decirlo, avergüéntate de creerlo. Dices Señor Dios Padre, y Señor Dios Hijo: y dice el mismo Hijo, Nadie puede servir a dos señores (Mat. VI, 24). En su familia seremos así, como en una gran casa donde está el padre de familia y tiene un hijo, ¿diremos también nosotros: Señor mayor, Señor menor? Rechacen tal pensamiento. Si hacen tales cosas en su corazón, ponen ídolos en su alma una. Rechácenlo por completo. Primero crean, luego entiendan. A quien Dios le da, para que cuando crea, pronto entienda; es don de Dios, no fragilidad humana. Sin embargo, si aún no entienden, crean: un solo Dios Padre, Dios Cristo Hijo de Dios. ¿Ambos qué? Un solo Dios. ¿Y cómo se dice ambos un solo Dios? ¿Cómo? ¿te asombras? En los Hechos de los Apóstoles, Y era, dice, el alma de los creyentes una sola y un solo corazón (Hech. IV, 32). Muchas almas eran, la fe las hizo una. Eran miles de almas; se amaron, y muchas son una: amaron a Dios en el fuego de la caridad, y de la multitud llegaron a la unidad de la belleza. Si tantas almas hizo una sola alma la caridad; ¿qué clase de caridad hay en Dios, donde no hay diversidad, sino igualdad íntegra? Si en la tierra y en los hombres pudo haber tanta caridad, que de tantas almas hizo una sola alma; donde siempre fue inseparable el Padre del Hijo, el Hijo del Padre, ¿pudieron ambos ser sino un solo Dios? Pero esas almas, y muchas almas pudieron ser llamadas, y un alma: pero Dios, donde hay una conjunción inefable y suprema, puede ser llamado un solo Dios, no dos dioses.

5. Hace lo que quiere el Padre, hace lo que quiere el Hijo. No piensen que el Padre es omnipotente y el Hijo no es omnipotente: es un error, borren eso en ustedes, no quede en su memoria, no se beba en su fe, y si acaso alguno de ustedes lo ha bebido, que lo vomite. El Padre es omnipotente, el Hijo es omnipotente. Si el omnipotente no engendró al omnipotente, no engendró un verdadero hijo. ¿Qué decimos, hermanos, si el Padre mayor engendró a un hijo menor? ¿Qué dije, engendró? Pues el hombre mayor genera a un hijo menor, es verdad: pero porque él envejece, este crece, y al crecer llega a la forma de su padre. El Hijo de Dios si no crece, porque tampoco puede Dios envejecer; nació perfecto. Perfecto nacido, si no crece, y menor no quedó; es igual. Pues para que sepan que el omnipotente nació del omnipotente, escuchen al mismo que es la Verdad. Lo que dice de sí mismo la Verdad, eso es verdad. ¿Qué dice la Verdad? ¿qué dice el Hijo, que es la Verdad? Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo de igual manera (Juan V, 19). El Hijo es omnipotente, haciendo todo lo que quiere. Pues si el Padre hace algo que el Hijo no hace, el Hijo dijo falsamente: Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo de igual manera. Pero porque el Hijo dijo la verdad: crean, Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo de igual manera; y han creído en el Hijo omnipotente. Esa palabra aunque no la dijeron en el Símbolo, sin embargo, eso es lo que expresaron, cuando creyeron en él como único Dios. ¿Tiene algo el Padre que no tenga el

Hijo? Esto lo dicen los herejes arrianos blasfemos, no yo. Pero ¿qué digo yo? Si el Padre tiene algo que no tiene el Hijo; miente el Hijo, que dice, Todo lo que el Padre tiene, es mío (Juan XVI, 15). Son muchos e innumerables los testimonios que prueban que el Hijo es verdadero Hijo de Dios Padre, y que Dios Padre engendró un verdadero Hijo Dios, y que el Padre y el Hijo son un solo Dios.

CAPÍTULO III.

6. La natividad humana del Hijo de Dios de la virgen. Pasión bajo el procurador Pilato. Natividad eterna de Cristo del Padre. ¿Por qué Cristo eligió el suplicio de la cruz? La recompensa de la paciencia no es temporal en el presente, sino que se espera eterna en el futuro siglo. Pero este Hijo único de Dios Padre omnipotente veamos qué hizo por nosotros, qué sufrió por nosotros. Nacido del Espíritu Santo y de la virgen María. Aquel Dios tan grande igual al Padre, nacido del Espíritu Santo y de la virgen María humilde, para sanar a los soberbios. El hombre se exaltó, y cayó: Dios se humilló, y levantó. ¿Qué es la humildad de Cristo? Dios extendió la mano al hombre caído. Nosotros caímos, él descendió: nosotros yacíamos, él se inclinó. Tomemos y levantémonos, para no caer en el castigo. Por tanto, su inclinación es esta, Nacido del Espíritu Santo y de la virgen María. Y esa natividad humana, humilde y excelsa. ¿Por qué humilde? Porque nació hombre de hombres. ¿Por qué excelsa? Porque de una virgen. La virgen concibió, la virgen dio a luz, y después del parto permaneció virgen.

7. ¿Qué después? Sufrió bajo Poncio Pilato. Ejercía el procurador, y era juez el mismo Poncio Pilato, cuando Cristo sufrió. Con el nombre del juez se señalaron los tiempos, cuando sufrió, bajo Poncio Pilato; cuando sufrió, fue crucificado, muerto, y sepultado. ¿Quién? ¿qué? ¿por quiénes? ¿Quién? El único Hijo de Dios, nuestro Señor. ¿Qué? Crucificado, muerto, y sepultado. ¿Por quiénes? Por los impíos y pecadores. ¡Gran dignación! ¡gran gracia! ¿Qué retribuiré al Señor, por todos los beneficios que me ha dado? (Sal. CXV, 12).

8. Nació antes de todos los tiempos, nació antes de todos los siglos. Nació antes. ¿Antes de qué, donde no hay antes? No piensen en ningún tiempo antes de la natividad de Cristo, en la que nació del Padre: de esa natividad hablo primero. No piensen en esta natividad en el inicio del tiempo; no piensen en ningún espacio de eternidad, cuando era el Padre y no era el Hijo. Desde que el Padre, desde entonces el Hijo. ¿Y qué es, desde que, donde no hay inicio? Por tanto, siempre el Padre sin inicio, siempre el Hijo sin inicio. ¿Y cómo, dirás, nació, si no tiene inicio? De eterno coeterno. Nunca fue el Padre y no era el Hijo, y sin embargo el Hijo es engendrado por el Padre. ¿De dónde se da alguna semejanza? Estamos en cosas terrenales, estamos en la criatura visible. Que la tierra me dé una semejanza: no la da. Que el elemento de las aguas me dé alguna semejanza: no tiene de dónde. Que algún animal me dé una semejanza: tampoco puede. Un animal ciertamente genera, y lo que genera, y lo que es generado: pero el padre es anterior, y después nace el hijo. Encontramos coetáneo, y creemos coeterno. Si podemos encontrar un padre coetáneo a su hijo, y un hijo coetáneo a su padre; creemos que Dios Padre es coetáneo a su Hijo, y Dios Hijo coeterno a su Padre. En la tierra podemos encontrar a alguien coetáneo, no podemos encontrar a alguien coeterno. Consideremos al coetáneo, y creamos al coeterno. Alguien los hará atentos y dirá: ¿Cuándo se puede encontrar un padre coetáneo a su hijo, o un hijo coetáneo a su padre? Para que el padre genere, lo antecede en edad; para que el hijo nazca, lo sigue en edad: pero aquí un padre coetáneo al hijo, o un hijo coetáneo al padre, ¿cómo puede ser? Que les ocurra el fuego padre, el esplendor hijo; he aquí encontramos coetáneos. Desde que el fuego comenzó a ser, inmediatamente genera esplendor: ni el fuego antes del esplendor, ni el esplendor después del fuego. Y si preguntamos, ¿quién genera a quién, el fuego al esplendor, o el esplendor al

fuego; inmediatamente les ocurre con sentido natural, prudencia innata en sus mentes, todos claman: El fuego al esplendor, no el esplendor al fuego. He aquí un padre comenzando, he aquí un hijo al mismo tiempo, ni antecedente, ni subsiguiente. He aquí, pues, un padre comenzando, he aquí un hijo al mismo tiempo comenzando. Si les mostré un padre comenzando, y un hijo al mismo tiempo comenzando; crean en un Padre no comenzando, y con él un Hijo tampoco comenzando; aquel eterno, aquel coeterno. Si progresan, entienden: esfuércense por progresar. Tienen que nacer, pero también deben crecer; porque nadie comienza siendo perfecto. Al Hijo de Dios le fue permitido nacer perfecto; porque nació sin tiempo, coeterno al Padre, antecediendo a todo, no en edad, sino en eternidad. Este, pues, nacido coeterno al Padre, de cuya generación dijo el profeta, ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8) nacido del Padre sin tiempo, nació de la virgen en la plenitud del tiempo. A esta natividad la precedieron los tiempos. En la oportunidad del tiempo cuando quiso, cuando sabía, entonces nació: pues no nació sin querer. Ninguno de nosotros nace porque quiere, y ninguno de nosotros muere cuando quiere: él nació cuando quiso, murió cuando quiso; como quiso nació de la virgen, como quiso murió en la cruz. Hizo todo lo que quiso: porque así era hombre, que ocultaba a Dios; Dios receptor, hombre recibido, un solo Cristo Dios y hombre.

9. ¿Qué puedo decir de su cruz? ¿Qué puedo hablar? Eligió el último tipo de muerte, para que ningún tipo de muerte atemorizara a sus mártires. Mostró su doctrina en el hombre, demostró un ejemplo de paciencia en la cruz. Allí está la obra, porque fue crucificado: el ejemplo de la obra, la cruz; la recompensa de la obra, la resurrección. Nos mostró en la cruz qué debemos tolerar, nos mostró en la resurrección qué debemos esperar. Como un supremo árbitro de la lucha dijo: Haz, y toma; haz la obra, y recibe la recompensa; lucha en la contienda, y serás coronado. ¿Cuál es la obra? La obediencia. ¿Cuál es la recompensa? La resurrección sin muerte. ¿Por qué añadí, sin muerte? Porque Lázaro resucitó, y murió: Cristo resucitó, y no muere, la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9).

10. La Escritura dice: Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor (Santiago V, 11). Lo que Job soportó, cuando se lee, se estremece, se teme, se tiembla. ¿Y qué recibió? El doble de lo que había perdido. Por lo tanto, que el hombre no quiera tener paciencia por recompensas temporales, y se diga a sí mismo: Soportaré la pérdida, Dios me devolverá hijos dobles; Job recibió todo el doble, y engendró tantos hijos como había perdido. ¿No son entonces dobles? Son ciertamente dobles, porque aquellos también vivían. Que nadie diga, Soportaré males, y Dios me devolverá como devolvió a Job: para que ya no sea paciencia, sino avaricia. Pues si aquel santo no tuviera paciencia, ni soportara valientemente lo que le sucedía; ¿de dónde tendría el testimonio que el Señor le dio? Has considerado, dice el Señor, a mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra, un hombre sin reproche, verdadero adorador de Dios. ¿Qué testimonio, hermanos, mereció este santo varón del Señor? Y sin embargo, su mala mujer quiso engañarlo con su persuasión, teniendo también ella la figura de aquella serpiente, que como en el paraíso engañó al primer hombre hecho por Dios (Gén. III, 1-6), así también ahora sugiriendo blasfemia pensó poder engañar al hombre que agradaba a Dios. ¡Cuánto sufrió, hermanos! ¿Quién puede sufrir tanto en su propiedad, en su casa, en sus hijos, en su carne, en la misma esposa tentadora que le quedaba? Pero incluso a ella, que le quedaba, la habría quitado hace tiempo, si no la hubiera conservado como ayudante: porque había derrotado al primer hombre a través de Eva, había conservado a Eva. ¡Cuánto sufrió entonces! Perdió todo lo que tenía, su casa cayó; ¡ojalá solo eso! también aplastó a sus hijos. Y porque en él la paciencia tenía un gran lugar, escuchen lo que respondió: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor. Quitó lo que dio, ¿acaso pereció quien dio? Quitó lo que dio. Como si dijera: Quitó todo, que quite todo, que me deje desnudo, y se conserve para mí. ¿Qué me

faltaré si tengo a Dios? ¿O qué me sirven otras cosas si no tengo a Dios? Se llegó a la carne, fue herido desde la cabeza hasta los pies; fluía de pus, estaba lleno de gusanos: y se mostraba y se fijaba inmóvil en su Dios. La mujer, ayudante del diablo, no consoladora del marido, quiso persuadirle de la blasfemia: ¿Hasta cuándo, dijo, sufres esto y aquello? Di alguna palabra contra el Señor, y muere. Por lo tanto, porque fue humillado, sería exaltado. Y el Señor hizo esto, para mostrar a los hombres: pues él guardó mayores cosas para su siervo en el cielo. Por lo tanto, humilló a Job y lo exaltó, humilló al diablo que se había exaltado: porque a este humilla, y a este exalta (Sal. LXXIV, 8). Pero para que nadie, hermanos carísimos, cuando sufra alguna tribulación de este tipo, espere aquí la recompensa: por ejemplo, si sufre alguna pérdida, no sea que con ese ánimo diga, El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor, para recibir el doble. Que la paciencia alabe a Dios, no la avaricia. Si buscas recibir el doble de lo que perdiste, y por eso alabas a Dios; alabas por codicia, no por caridad. No te ocurra el ejemplo de ese santo varón; te engañas. Cuando Job soportaba todo, no esperaba el doble. Y en su primera confesión cuando sufrió las pérdidas y enterró a sus hijos, y en la segunda cuando ya sufría las torturas de las heridas en la carne, se puede advertir lo que digo. Estas son las palabras de su primera confesión: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor. Podría haber dicho: El Señor dio, el Señor quitó; puede volver a dar quien quitó, puede devolver más de lo que quitó. No dijo esto, sino, como al Señor le agradó, dijo, así se hizo: porque le agrada a él, que me agrada a mí; lo que agradó al buen Señor, no desagrade al siervo sometido; lo que agradó al médico, no desagrade al enfermo. Escuchen otra confesión suya: Hablaste, dijo a su esposa, como una de las mujeres insensatas. Si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos el mal? (Job I y II). No añadió, lo que si dijera, diría la verdad, El Señor es poderoso para devolver mi carne a su estado original, y multiplicar lo que nos quitó: para que no pareciera que lo soportó con esa esperanza. No dijo esto, no esperó esto. Pero para que fuéramos enseñados, el Señor le concedió a quien no esperaba, para que fuéramos enseñados, porque Dios estaba con él: porque si no le devolviera eso, no podríamos ver su corona oculta. Y por eso, ¿qué dice la Escritura divina, exhortando a la paciencia y a la esperanza de lo futuro, no a la recompensa de lo presente? Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor. ¿Por qué la paciencia de Job, y no, Habéis visto el fin de Job? Abrirías la boca para el doble; dirías, Gracias a Dios, soportaré, recibo el doble como Job. La paciencia de Job, el fin del Señor. Conocemos la paciencia de Job, y conocemos el fin del Señor. ¿Cuál es el fin del Señor? Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 2). Son palabras del Señor colgado en el madero. Como si lo hubiera dejado para la felicidad presente, pero no lo dejó para la inmortalidad eterna. Allí está el fin del Señor. Los judíos lo tienen, los judíos se burlan, los judíos atan, los judíos coronan con espinas, deshonoran con escupitajos, flagelan, cubren de oprobios, cuelgan en el madero, perforan con lanza, finalmente sepultan: como si hubiera sido abandonado. ¿Pero por quiénes? Por aquellos que se burlan. Por eso, ten paciencia, para que resucites y no mueras, es decir, nunca mueras, como Cristo. Así leemos: Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere (Rom. VI, 9).

CAPÍTULO IV.

11. Sentarse a la derecha del Padre, qué significa. La derecha del Padre, la bienaventuranza. Ascendió al cielo: creedlo. Se sienta a la derecha del Padre: creedlo. Sentarse, entiéndase habitar: como decimos de cualquier hombre, En esa patria se sentó por tres años. Lo dice también la Escritura, que alguien se sentó en la ciudad tanto tiempo (III Reyes II, 38, según LXX). ¿Acaso se sentó, y nunca se levantó? Por eso las moradas de los hombres se llaman sedes. Donde hay sedes, ¿acaso siempre se está sentado? ¿no se levanta, no se camina, no se

yace? y sin embargo se llaman sedes. Así pues, creed que Cristo habita en la derecha de Dios Padre: allí está. Y que vuestro corazón no os diga, ¿Qué hace? No busquéis lo que no se puede encontrar: allí está; eso os basta. Es bienaventurado, y de la bienaventuranza, que se llama la derecha del Padre, es el nombre de esa bienaventuranza, la derecha del Padre. Pues si lo tomamos carnalmente; porque se sienta a la derecha del Padre, él estará a la izquierda. ¿Acaso es lícito que los componamos así, al Hijo a la derecha, al Padre a la izquierda? Allí toda es derecha, porque allí no hay miseria.

12. De allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Vivos, los que sobrevivan; muertos, los que hayan precedido. También puede entenderse así: Vivos, los justos; muertos, los injustos. A ambos juzga, retribuyendo a cada uno lo suyo. A los justos les dirá en el juicio: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Para esto preparaos, esto esperad, por esto vivid, y vivid así, por esto creed, por esto bautizaos, para que se os pueda decir: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo. ¿Y a los de la izquierda qué? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41). Así serán juzgados por Cristo vivos y muertos. Se ha dicho el primer nacimiento de Cristo sin tiempo, se ha dicho otro en la plenitud del tiempo del nacimiento de Cristo de la virgen, se ha dicho la pasión de Cristo, se ha dicho el juicio de Cristo. Todo se ha dicho, lo que debía decirse de Cristo, el Hijo único de Dios, nuestro Señor: pero aún no se ha completado la Trinidad.

CAPÍTULO V.

13. El Espíritu Santo es Dios. Sigue en el Símbolo, Y en el Espíritu Santo. Esta Trinidad es un solo Dios, una naturaleza, una sustancia, un poder, suma igualdad, ninguna división, ninguna diversidad, perpetua caridad. ¿Queréis saber que el Espíritu Santo es Dios? Bautizaos, y seréis su templo. El Apóstol dice, ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo en vosotros, que tenéis de Dios? (I Cor. VI, 19). Dios tiene un templo: pues también el rey y profeta Salomón fue mandado a edificar un templo a Dios. Si edificara un templo al sol, o a la luna, o a alguna estrella, o a algún ángel, ¿no lo condenaría Dios? Porque edificó un templo a Dios, mostró que adoraba a Dios. ¿Y de qué lo edificó? De maderas y piedras: porque Dios se dignó hacerse una casa en la tierra a través de su siervo, donde se le rogara, donde se le recordara. Por eso dice el bienaventurado Esteban: Salomón le edificó una casa, pero el Altísimo no habita en templos hechos por manos (Hech. VII, 47 y 48). Si nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, ¿qué clase de Dios es quien edificó un templo al Espíritu Santo? Pero Dios. Pues si nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, aquel edificó un templo al Espíritu Santo, quien también nuestros cuerpos. Atended al Apóstol diciendo, Dios ha dispuesto el cuerpo, dando mayor honor a lo que le faltaba (I Cor. XII, 24); cuando hablaba de los diversos miembros, para que no hubiera divisiones en el cuerpo. Dios creó nuestro cuerpo. Dios creó la hierba, ¿quién creó nuestro cuerpo? ¿De dónde probamos que Dios crea la hierba? Quien viste, él crea. Lee el Evangelio: Si pues la hierba del campo, dice, que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así (Mat. VI, 30). Él pues crea, quien viste. Y el Apóstol: Necio, lo que siembras no se vivifica, si no muere: y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, ya sea de trigo, o de alguno de los demás; pero Dios le da un cuerpo como quiso, y a cada semilla su propio cuerpo (I Cor. XV. 36-38). Si pues Dios edifica nuestros cuerpos, si Dios edifica nuestros miembros, y nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo; no dudéis que el Espíritu Santo es Dios. Y no añadáis como un tercer Dios; porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo es un solo Dios. Creed así.

CAPÍTULO VI.

14. De la santa Iglesia. Sigue después de la recomendación de la Trinidad, la santa Iglesia. Se ha mostrado a Dios y su templo. Pues el templo de Dios es santo, dice el Apóstol, que sois vosotros (Id. III, 17). Esta es la Iglesia santa, la Iglesia una, la Iglesia verdadera, la Iglesia católica, luchando contra todas las herejías: puede luchar, pero no puede ser vencida. Todas las herejías salieron de ella, como sarmientos inútiles cortados de la vid: pero ella permanece en su raíz, en su vid, en su caridad. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mat. XVI, 18).

CAPÍTULO VII.

15. Los pecados incluso enormes se perdonan en el Bautismo; y los veniales, en la oración dominical. La acción de la penitencia pública por pecados enormes, no por leves. La remisión de los pecados. Tenéis el Símbolo perfectamente en vosotros, cuando os bautizáis. Que nadie diga: Hice eso, tal vez no se me perdone. ¿Qué hiciste? ¿cuánto hiciste? Di algo inmenso que cometiste, grave, horrendo, que incluso temes pensar: lo que sea que hayas hecho, ¿acaso mataste a Cristo? No hay nada peor que este hecho, porque tampoco hay nada mejor que Cristo. ¿Cuán nefando es matar a Cristo? Sin embargo, los judíos lo mataron, y muchos después creyeron en él, y bebieron su sangre: se les perdonó el pecado que cometieron. Cuando os hayáis bautizado, mantened una buena vida en los preceptos de Dios, para que guardéis el Bautismo hasta el fin. No os digo que viviréis aquí sin pecado; pero hay pecados veniales, sin los cuales esta vida no es. Para todos los pecados se inventó el Bautismo; para los leves, sin los cuales no podemos estar, se inventó la oración. ¿Qué tiene la oración? Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Id. VI, 12). Una vez nos lavamos con el Bautismo, diariamente nos lavamos con la oración. Pero no cometáis aquellos por los cuales es necesario que os separéis del cuerpo de Cristo: que eso no os suceda. Pues aquellos que veis hacer penitencia, cometieron crímenes, o adulterios, o algunos hechos enormes: de eso hacen penitencia. Pues si fueran sus pecados leves, la oración diaria sería suficiente para borrarlos.

CAPÍTULO VIII.

16. Los pecados se perdonan de tres maneras. Por lo tanto, los pecados se perdonan de tres maneras en la Iglesia; en el Bautismo, en la oración, en la mayor humildad de la penitencia: sin embargo, Dios no perdona los pecados, sino a los bautizados. Los mismos pecados que primero perdona, no los perdona sino a los bautizados. ¿Cuándo? Cuando se bautizan. Los pecados que después se perdonan a los que oran, y a los penitentes, a quienes perdona, los perdona a los bautizados. Pues ¿cómo dicen, Padre nuestro, quienes aún no han nacido? Mientras son catecúmenos, sobre ellos están todos sus pecados. Si catecúmenos, ¿cuánto más los paganos? ¿cuánto más los herejes? Pero a los herejes no les cambiamos el Bautismo. ¿Por qué? Porque tienen el Bautismo, como el desertor tiene el carácter: así también ellos tienen el Bautismo; lo tienen, pero para condenarse, no para coronarse. Y sin embargo, si el mismo desertor corregido comienza a militar, ¿acaso se atreve alguien a cambiarle el carácter?

CAPÍTULO IX.

17. De la resurrección de la carne a la vida eterna. Creemos también en la resurrección de la carne, que precedió en Cristo: para que también el cuerpo espere esto, que precedió en la cabeza. Cristo, cabeza de la Iglesia, la Iglesia cuerpo de Cristo (Efes. V, 23). Nuestra cabeza resucitó, ascendió al cielo: donde está la cabeza, allí también los miembros. ¿Cómo la resurrección de la carne? No sea que alguien piense como la de Lázaro, para que sepas que no

es así, se añadió, A la vida eterna. Que Dios os regenere, os conserve y proteja Dios; en sí mismo, que es la misma vida eterna, os conduzca Dios. Amén.

DE SÍMBOLO SERMO A LOS CATECÚMENOS. (C,G,S)*

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sacramentos celebrados alrededor de los catecúmenos. La señal de la cruz. Examen y escrutinio. Armas contra el diablo, el Símbolo y la Cruz. Profesión de los catecúmenos, renunciar al diablo y sus pompas. Armas del diablo, el placer y el miedo. Nuestras armas espirituales, el temor de Dios casto y la fe de la oración. Hemos asumido la tarea de exponer a vuestra Santidad la razón de los sacramentos, ya sea de la noche pasada, ya sea del presente santo Símbolo, por don de aquel que da a todos abundantemente, y no reprocha (Santiago I, 5). Pues él es rico en todos los que lo invocan (Rom. X, 12). Él puede ayudar nuestra intención, haciendo aceptable por nosotros vuestra oración. Recibid, pues, vosotros que deseáis con fe la palabra de Dios, como alimento adecuado, del cual el Señor obre en vosotros el crecimiento. Aún no habéis renacido por el sagrado Bautismo, pero por la señal de la cruz ya habéis sido concebidos en el vientre de la santa madre Iglesia. Que esta madre actúe, pues, alimentando con alimentos adecuados a quienes lleva, para que después del parto se regocije de haber recibido a quienes espiritualmente nutre. ¿Qué es, amadísimos, lo que se ha celebrado en vosotros? ¿Qué es lo que se ha hecho esta noche alrededor de vosotros, que no se hizo en noches pasadas; para que de lugares secretos fuerais llevados uno a uno ante toda la Iglesia, y allí, con el cuello humillado que antes había sido exaltado, en la humildad de los pies con cilicio extendido se celebrara en vosotros el examen, y se extirpara de vosotros el diablo soberbio, mientras sobre vosotros fue invocado el humilde altísimo Cristo? Todos, pues, erais humildes, y humildemente pedíais, orando, cantando y diciendo, Prueba, Señor, y conoce mi corazón (Sal. CXXXVIII, 23). Probó, examinó, tocó los corazones de sus siervos con su temor; ahuyentó al diablo con su poder, y liberó a su familia de su dominio. No se actuó aquí de manera diferente con el pobre, de manera diferente con el rico, de manera diferente con el señor, de manera diferente con el siervo: porque uno es el acceso a la vida para todos (Sab. VII, 6); y si es así para esta vida frágil y caduca, ¿cuánto más para aquella inmortal y eterna?

2. Purificada, pues, la familia del Redentor, después de haber cantado el cántico de la salvación, recibió el remedio del Símbolo contra el veneno de la serpiente: para que si en algún momento el adversario diablo quisiera nuevamente acechar, el redimido sepa que debe enfrentarlo con el sacramento del Símbolo y el estandarte de la cruz; para que, armado con tales armas, el cristiano venza fácilmente, aquel sobre cuya opresión antes había triunfado maliciosamente el más malvado diablo. ¿Por qué razón se nos ha hecho adversario el diablo, sino por esta, porque ve libres a quienes antes tenía cautivos, porque ve sanos a quienes había derribado con sus dardos, porque ve revestidos nuevamente de inmortalidad a quienes había desnudado al ofrecerles iniquidad; porque sus trampas han sido destruidas, y nosotros hemos sido liberados: nuestro auxilio está en el nombre del Señor (Salmo 123, 7, 8)? Si nuestro auxilio está en su nombre; renunciemos al diablo, a sus pompas y a sus ángeles. Esto habéis escuchado, esto también habéis profesado, renunciar al diablo, a sus pompas y a sus ángeles. Ved, amadísimos, que lleváis esta profesión vuestra a la corte angélica: los nombres de los que profesan son inscritos en el libro de la vida, no por cualquier hombre, sino por un poder superior celestial. Ya sois excelentes reclutas de Dios, valientes soldados de Cristo, mientras recibís las armas de los sacramentos, declaráis la guerra contra el diablo: mientras renunciáis a sus obras, provocáis más intensamente su furia contra vosotros. Pero que no tema el

soldado de Cristo: os revestiréis de Cristo mismo, para que por él superéis rápidamente al adversario diablo. ¿Con qué armas lucha él? Con seducciones y engaños. Hay dos tipos de armas tuyas muy poderosas, contra las cuales debe estar vigilante y firmemente todo soldado de Cristo que desea triunfar y superar el poder del diablo. ¿Cuáles son esos dos tipos de armas? El placer y el miedo. A unos los atrapa con el placer, a otros los quiebra con el miedo. Que también nuestro ejército se fortalezca, que se presenten las armas espirituales. Contra el miedo al diablo esté el temor del Señor casto, que permanece por los siglos de los siglos (Salmo 18, 10). Contra el placer de la más vil deleitación, no falte la fe de la oración. ¿Y qué teme el cristiano, cuando se le exhorta a orar así, a confiar así, a tener fe así, que diga: El Señor es mi ayudador, y yo despreciaré a mis enemigos (Salmo 117, 7)? Sin embargo, sabed, amadísimos, que el adversario atrapa a más personas por el placer que por el miedo. Pues, ¿por qué propone diariamente la trampa de los espectáculos, la locura de los estudios y los placeres viles, sino para que con estas deleitaciones atrape a quienes había perdido, y se regocije de haber encontrado nuevamente a quienes había perdido?

CAPÍTULO II.

3. Espectáculos del circo que deben evitarse: hay otros que se ven en la Iglesia, espectáculos saludables. Disuade del teatro de los Escandalistas. Los sangrientos combates del anfiteatro. Cazadores luchando con osos. ¿Por qué ir a través de muchas cosas? Brevemente debéis ser advertidos de lo que debéis despreciar y de lo que debéis amar. Huid, amadísimos, de los espectáculos, huid de las gradas más viles del diablo, para que no os retengan las cadenas del maligno. Pero si el ánimo debe ser deleitado, y os agrada mirar; la santa madre Iglesia os ofrece espectáculos venerables y saludables, que deleiten vuestras mentes con su deleite, y en vosotros no corrompan, sino que custodien la fe. ¿Es alguien amante del circo? ¿Qué deleita en el circo? Ver a los aurigas compitiendo, a los pueblos jadeando con furia insana, a cualquiera que sea rápido adelantándose, rompiendo el caballo de su adversario. Todo este deleite es gritar, porque ha vencido a quien el diablo ha vencido; regocijarse e insultar, porque la parte adversa ha perdido el caballo, cuando quien se deleita con tal espectáculo ha perdido su alma vana. Mira en cambio nuestros santos, sanos, suavísimos espectáculos. Contempla en el libro de los Hechos de los Apóstoles, al cojo desde el vientre de su madre que nunca había caminado, a quien Pedro hizo correr; ve de repente sano, a quien antes contemplabas enfermo (Hechos 3, 2-8): y si hay en ti salud mental, si en ti brilla la razón de la equidad y el deleite de la salvación, ve qué debes esperar, ve dónde debes exclamar; allí donde los caballos sanos se rompen, o aquí donde los hombres rotos se salvan. Pero si esa pompa, esa figura de los caballos, la composición de los carros, el adorno y el auriga que está de pie, guiando los caballos, deseando vencer; si esa pompa, como dije, te deleita: tampoco te la negó quien te mandó renunciar a las pompas del diablo. También tenemos nuestro auriga espiritual, el santo profeta Elías, quien montado en un carro de fuego, corrió tanto que alcanzó las metas del cielo (2 Reyes 2, 11). Y si deseas ver a los adversarios, a quienes la verdadera virtud venció, y a quienes él superó volando, y de cuya victoria recibió la palma de la altura celestial: Los carros del faraón y toda su fuerza arrojó al mar (Éxodo 15, 4).

4. Otro tal vez amante del teatro debe ser advertido, qué debe evitar, y con qué debe deleitarse; y así no perderá la voluntad de ver, sino que la cambiará. En los teatros hay corrupción de costumbres, aprender lo vil, escuchar lo deshonesto, ver lo pernicioso. Pero con la ayuda del Señor, firmemente rechazemos eso de vuestros corazones. Compare cada cosa con su par. Allí los espectadores contemplan a un supuesto dios Júpiter, y adulterando, y tronando: aquí miramos al verdadero Dios Cristo, enseñando castidad, destruyendo la impureza, predicando lo saludable. Allí se finge que el mismo Júpiter tiene a Juno como hermana y esposa: aquí predicamos a la santa María como madre y virgen a la vez. Allí se

introduce asombro a la vista, al ver a un hombre caminando sobre una cuerda: aquí un gran milagro, Pedro caminando sobre el mar (Mateo 14, 29). Allí, a través de la torpeza mímica, se viola la castidad: aquí, a través de la casta Susana y el casto José, se reprime la lujuria (Génesis 39 y Daniel 13), se desprecia la muerte, se ama a Dios, se exalta la castidad. Allí el coro y la canción del mimo ilícito atraen el oído, pero atacan el sano afecto: y ¿qué hay comparable a nuestro cántico, en el que dice quien ama y canta, Los pecadores me contaron sus deleites, pero no como tu ley, Señor; todos tus mandamientos son verdad (Salmo 118, 85 y 86)? Pues allí todo lo finge la vanidad. Tal vez alguien admire allí la habilidad de los Escandalistas, ver a los pequeños jugando en la arena, exhibiendo diversas historias. Pero ved los juegos de nuestros niños. En el vientre de Rebeca dos niños luchan: al salir el mayor, la mano del menor se extiende desde el vientre, y se agarra del talón del mayor (Génesis 25, 22, 25). En cuya lucha se mostró la figura de un gran sacramento, para que el menor suplantara al mayor, y posteriormente le quitara el primado y la bendición. En esos pequeños, como jugando, y exhibiendo, como dije, un gran sacramento, se demuestran los judíos reprobados en Esaú, y los cristianos predestinados en Jacob. Pues aquel Jacob, un solo niño, así parloteando, mostraba en sí a muchos predestinados, incluso niños pequeños, que son recibidos desde el vientre de la madre por las manos de los fieles, y no los sacuden así, para que cuelguen en el aire, sino para que renacidos vivan en el cielo. Con estos deleites, pues, que se deleite la mente, que se alimente el alma cristiana; manteniendo esta sobriedad de mente, huya de la embriaguez del diablo.

5. Ni los combates del anfiteatro seduzcan o arrastren al cristiano: a donde ciertamente se corre con más avidez cuanto más tarde se exhibe. Pero también allí, ¿qué no peligroso se introduce a la vista, qué no sangriento? donde, como dice el beatísimo Cipriano, la voluntad nociva condena a los hombres a las fieras sin ningún crimen (Cipriano en la carta 2 a Donato). No os invite, pues, amadísimos, ese espectáculo cruel a mirar, nueve osos enfrentándose a dos cazadores: sino que os deleite ver a uno de los nuestros, Daniel, superando a siete leones con la oración. Distingue, amante espiritual, los combates: ve a dos culpables por voluntad, ve a uno inocente y lleno de fe. Ve a aquellos ofreciendo sus almas a las bestias por una recompensa terrena: ve a este clamando en oración, No entregues a las bestias las almas que te confiesan (Salmo 73, 19). En ese espectáculo se entristece el editor, si el cazador escapa ileso, quien le ha matado a más bestias: en este nuestro se lucha sin hierro, ni Daniel es herido, ni la fiera es muerta; y así se vence, que el rey se maravilla y se transforma, y los pueblos temen, y los enemigos perecen (Daniel 14, 30-42). Admirable nuestro espectáculo, verdaderamente admirable, en el que Dios ayuda, la fe obtiene fuerzas, la inocencia lucha, la santidad vence, recibe una recompensa tal, que tanto el que vence la recibe, como el que la otorga no pierde nada. Anhelad estos dones espirituales, para verlos y contemplarlos con toda seguridad, acudid alegremente a la iglesia, apartad de vuestro corazón toda codicia carnal, encomendad toda vuestra preocupación a Dios para que la gobierne: para que el adversario se asuste, no encontrando nada suyo en vosotros; y vosotros, rechazándolo, renunciando a sus pompas, después de que vuestra libertad haya sido rescatada de sus acechanzas, no os encuentre vacíos aquel nefasto, que sabemos que incluso desea retener a quienes no son suyos.

CAPÍTULO III.

6. La omnipotencia de Dios se prueba por la creación de las cosas de la nada. Trinidad. Que el Hijo también es Dios omnipotente, eterno e igual al Padre. Creed fielmente en Dios Padre omnipotente. Creemos en Dios omnipotente, que haciendo todas las cosas no fue hecho: y por eso es omnipotente, porque de la nada hizo todo lo que hizo. No le ayudó ninguna materia, de la cual demostrara el poder de su arte: sino que de la nada, como dije, creó todas las cosas.

Esto es ser omnipotente, que no solo la obra misma, sino también la materia se encuentre en él, quien no tuvo principio para ser; y él que es eterno, creó, no lo que él mismo es, sino para que de él recibieran ser. Pues todo lo que es, es de él: él mismo, sin embargo, es de sí mismo, quien no fue hecho por nadie. Hizo, pues, hechos no hechos, creó criatura no creada: quien también a la misma criatura, con grados convenientes, estableció potestades a través de diversas ordenaciones. Puede, según el poder dado, cualquier ángel o hombre ser llamado poderoso; pero ¿acaso puede ser llamado omnipotente? Puede ser llamado rey o emperador, que puede muchas cosas que quiere: sin embargo, quien tiene sano juicio no se atreverá a llamarlo omnipotente; pues si quisiera alabarlo adulando así, comienza a engañarse a sí mismo y a él mismo. ¿Cómo se atreverá a llamarlo omnipotente, a quien ve desear mucho vivir y la vida terminar con la muerte que sigue? Si es omnipotente, que no muera, que sea excluido de la muerte. Si, sin embargo, la muerte le da un término, la misma muerte demostrará que no fue omnipotente. Por tanto, nadie se atreverá a llamar omnipotente a ninguna criatura, ya sea celestial o terrenal, sino solo a la Trinidad; es decir, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

7. Pues no, cuando decimos que creemos en Dios Padre omnipotente, como los herejes arrianos, negamos al Hijo omnipotente, o negamos al Espíritu Santo omnipotente. Si niegas al Hijo omnipotente, negarás también al Padre omnipotente. Pero dicen, el Padre es mayor, el Hijo es menor. Esto en los hombres, esto en todos, y tú te perturbarás en todo. Considera la naturaleza divina, atiende a Dios, piensa en lo eterno: pues en vano te turbas. Si el Padre es eterno, ciertamente también el Hijo es eterno. Pues si el Hijo fue cuando no fue Hijo, también el Padre fue cuando no fue Padre: que si alguna vez fue Padre no Padre, no fue omnipotente; pues tuvo menos en que después se convirtió en Padre. Si das un principio al Hijo, das un principio también al Padre. Pues el Padre fue llamado Padre por el Hijo. Si, sin embargo, siempre fue Padre, siempre fue también Hijo. Y si Dios es Padre, Dios es también Hijo: pues no pudo proceder de Dios otra cosa que Dios. Que si Dios es Padre, Dios es también Hijo; y si el Padre es eterno, el Hijo es también eterno: a quien no precedió en edad ni en dignidad, no lo disminuyó en igualdad. Escucha al apóstol qué dice del Hijo de Dios: Cuando estaba en la forma de Dios, dice, no consideró el ser igual a Dios como usurpación (Filipenses 2, 6). No lo usurpó, porque lo tuvo naturalmente. La omnipotencia, pues, del Padre en el Hijo, la omnipotencia del Hijo en el Padre; porque ni alguna vez el Padre sin el Hijo, ni alguna vez el Hijo sin el Padre. Esa divina natividad por la cual el Hijo procedió del Padre, por la cual nació Dios de Dios, sin principio, sin tiempo, sin madre, sin ninguna fragilidad, sin ninguna disminución de sí mismo, no podemos explicarla: ¿Y su generación, dice el profeta, quién la contará? (Isaías 53, 8). Y en verdad, ¿quién puede comprender o decir cómo nació, quien siempre está en el Padre, y nunca se aparta del Padre? Dignamente, como dije, no podemos narrarlo: pero debemos preparar nuestros corazones para el mismo Hijo; para que iluminando y gobernando por la fe nos conduzca a la visión de su verdad, para que no permanezcamos en las tinieblas de nuestra infidelidad, para que no estimando otra cosa del Hijo que lo que es el Padre, el mismo Hijo no nos advierta enseñando, sino increpando como a Felipe, diciendo, Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre. ¿No reconoces que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Juan 14, 9, 10). Así pues, como Dios de Dios nació, y luz de luz, y día de día; así también Omnipotente de omnipotente. Pues en esta nuestra generación mortal quien es padre, alguna vez no fue padre; y quien es hijo, no siempre es hijo: porque también el mismo hijo, cuando con el paso del tiempo pierda al padre, tome esposa, y tenga descendencia, no será hijo, sino que él mismo será llamado padre; y cualquier padre antes de tener un hijo, no será llamado padre. Se añade, pues, algo con el tiempo, que precede en el tiempo. No pensemos, pues, que esto es en aquella sustancia de la divinidad, en aquella generación

sempiterna. Pues allí no muere el Padre por deficiencia, para que el Hijo creciendo llegue a la dignidad del Padre; ni hay allí tiempos, porque por él fueron hechos los tiempos.

CAPÍTULO IV.

8. Lo mismo se confirma contra los arrianos. Toda la Trinidad es Dios omnipotente. La Trinidad es juez. Toda la Trinidad omnipotente, inmortal e invisible. Ídolos del corazón. ¿En qué, pues, tú, hereje, te atreves a decir que el Hijo es menor, a quien nosotros confesamos igual? ¿En edad? No hay tiempos allí. ¿En divinidad? Dios es el Padre, Dios es también el Hijo. ¿En obra? Todas las cosas fueron hechas por el Hijo. La Escritura dice ciertamente, que Dios hizo el mundo, como está escrito en el libro del Génesis, En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Génesis 1, 1): pero nosotros al escuchar a Dios Padre, conocemos al Hijo y al Espíritu Santo. Tal vez tú dices, Dios Padre hizo el mundo. Pero escucha lo que dice el evangelista Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan 1, 1, 2). He aquí, dice que sin el Hijo no se hizo nada; porque todas las cosas fueron hechas por él. Si sin el Hijo no se hizo nada, ¿qué hizo el Padre que no hizo el Hijo, de quien dice el Evangelista que sin el Hijo no se hizo nada? Si, sin embargo, como tiene la verdadera fe católica, en el Hijo operante constituyes al Padre, y en el Padre operante constituyes al Hijo, porque el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo, el Hijo se encontrará omnipotente, si en él es omnipotente el Padre: si, sin embargo, el Hijo no es omnipotente, como predica el hereje arriano, no está en él el Padre omnipotente, y será falso según ellos lo que el mismo Hijo dice, Yo en el Padre, y el Padre en mí está. Pero lejos esté que sea falso lo que dice la Verdad: que se confunda el arriano, que contradice a la verdad.

9. Demostremos, sin embargo, a partir de las Escrituras que el Hijo es llamado omnipotente al igual que el Padre, para que no solo la razón verdadera, sino también los testimonios divinos golpeen la frente impúdica de los herejes. El Padre es llamado omnipotente, como dice el profeta: "Así dice el Señor omnipotente" (I Cor. VI, 18). También el Hijo es llamado omnipotente, como dice el apóstol Juan en el Apocalipsis: "De Jesucristo nuestro Señor, que es, que fue y que ha de venir, el omnipotente" (Apoc. I, 5, 8). El Espíritu Santo también es llamado omnipotente, como profetiza Salomón: "El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra, y el que contiene todas las cosas tiene conocimiento" (Sab. I, 7). ¿No es omnipotente quien contiene todas las cosas? Pues la Escritura dice que Dios es juez, como dice el Apóstol: "Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo" (II Cor. V, 10). Pero cuando nosotros escuchamos que Dios es juez, entendemos a toda la Trinidad. Pero tú, hereje, di quién es este Dios juez; ¿el Padre o el Hijo? Si dices que es el Padre, niegas que el Hijo sea juez, a quien incluso tú confiesas en el Credo que vendrá a juzgar a vivos y muertos. También contradices al Evangelio que dice: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, se reunirán ante él todas las naciones; y los separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. En este lugar, el evangelista muestra claramente que el juez es el Hijo, para que también se revele la sentencia de este juez, diciendo: 'Irán los impíos al fuego eterno, pero los justos a la vida eterna'" (Mat. XXV, 31, 32, 46). Pero si, no queriendo oponerte a tan gran autoridad, dices que el Hijo es juez, ¿negarás entonces que el Padre es juez? No, dices, no niego que el Padre sea juez. ¿Cómo no lo niegas? Porque, dices, el Padre dio el poder, el Hijo lo recibió. Veo, hereje, hacia dónde diriges tus ojos desviados, hacia dónde diriges la agudeza de tu mente perversa. Me recitarás del Evangelio y dirás: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo" (Juan V, 22). En lo que el Padre dio, dices, el Hijo recibió; mayor es, sin duda, quien da que quien recibe: mayor es el Padre, menor es el Hijo. No te gloríes en

esta sentencia de tu vanidad; porque ahora la autoridad divina te convence de lo contrario. Dices: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo". Lo sabemos: la fe sana sabe cómo entender esto. Aquel hombre asumido, que también fue llamado Hijo de Dios, recibió el poder, pero dado por el Padre y el Hijo; porque el Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo. Sin embargo, si tú, hereje, según esa doctrina perversa tuya, quisieras asignar esto a la divinidad, en la que el Hijo es igual al Padre, te pregunto con más diligencia, y te insisto para que me respondas rápidamente, ¿quién es aquel que en el libro del Deuteronomio decía a Moisés: "En el día del juicio les daré su merecido"? No puedes decir que es el Padre; porque según la sentencia del Evangelio que has citado, "el Padre no juzga a nadie". Entonces, ¿es el Hijo quien decía: "En el día del juicio les daré su merecido"? ¿Es el Hijo? Responde, ¿por qué dudas? ¿No es el Hijo quien dijo: "En el día del juicio les daré su merecido"? No puedes decir otra cosa que no sea que el Hijo dijo: "En el día del juicio les daré su merecido"; porque "el Padre no juzga a nadie". Pero mira lo que sigue en este libro, cómo te desafía, cómo te convence. Pues después de haber dicho: "En el día del juicio les daré su merecido", poco después añadió: "Vean, vean, dice, que yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí" (Deut. XXXII, 35, 39). ¿Qué haces, arriano? No hay por dónde escapar. Di, si te atreves, que solo el Hijo dijo esto, y negarás que el Padre es ni Dios ni juez. Depón ahora, convencido, tu obstinación, escucha la verdad, entiende que Dios juez es la Trinidad. Escucha que también el Espíritu Santo es juez. El mismo Señor en el Evangelio dice: "Cuando venga el Paráclito, él convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Juan XVI, 8). ¿Qué más buscas? También la Escritura divina demuestra que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo habitan juntos en el hombre, como en su templo. En el Evangelio, el Hijo dice: "Si alguien me ama, será amado por mi Padre; y vendremos a él y haremos morada en él" (Juan XIV, 23). He aquí el Padre y el Hijo: ¿qué del Espíritu Santo? Escucha al Apóstol: "¿No saben que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?" (I Cor. III, 16). También se demuestra que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo abandonan juntos a los impíos. El profeta Salomón dice: "Los pensamientos perversos separan de Dios". He aquí Dios Padre abandonando los pensamientos perversos. ¿Qué del Hijo de Dios? Sigue: "Porque en el alma maliciosa no entrará la sabiduría. Cristo es, en efecto, la Virtud de Dios y la Sabiduría de Dios" (I Cor. I, 24). He aquí que el Hijo también abandona el alma maliciosa, en la que están los pensamientos perversos que el Padre abandonó. Queda por hablar del Espíritu Santo. Escucha poco después lo que sigue: "El Espíritu Santo de disciplina huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos que carecen de entendimiento" (Sab. I, 3-5). Escucha, el Espíritu Santo abandona al hombre sin entendimiento. Cuando este mismo Espíritu Santo decía esto por medio del Profeta, los prevenía a ustedes. He aquí que ya la inseparable Trinidad se demuestra con los testimonios de las Escrituras divinas, que habita junta, reina junta, posee junta, abandona junta: a la que ustedes, arrianos, al separar y al infligir injurias al Hijo y al Espíritu Santo a través de diferentes grados, no permiten habitar en ustedes: porque Dios Padre también se aparta de los pensamientos perversos que están en ustedes: y en el alma maliciosa no entrará la sabiduría; porque por la malicia de su alma, así como separan al Hijo del Padre, así separan al rebaño del sumo pastor: y el Espíritu Santo huirá del engaño, es decir, de la ficción de su doctrina perversa, en la que se ha demostrado que ni el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo permanecen.

10. Puesto que se trata de la unidad de la Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la cual no nos atrevemos a llamar tres dioses, ni tres omnipotentes, ni tres invisibles, ni tres inmortales, sino un solo Dios, del cual dice el Apóstol: "Al inmortal, invisible, incorruptible, único Dios, honor y gloria" (I Tim. I, 17): no nos inventemos, por tanto, diferentes dignidades del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, edades separables e inequitativas, poderes mayores y menores, no sea que lo que el mismo Señor nuestro Salvador erradicó con su poder y

majestad, los ídolos y los templos, el diablo vuelva a fabricar ídolos en los corazones de los cristianos. La fe católica es, por tanto, esta: Creer en Dios Padre omnipotente, inmortal e invisible; creer en Dios Hijo omnipotente, inmortal e invisible, según la divina natividad; visible, sin embargo, mortal y hecho menor que los ángeles según la humanidad asumida; creer en el Espíritu Santo omnipotente, inmortal e invisible según la divinidad igual; visto, sin embargo, en forma de paloma para la atestación del Hijo (Mat. III, 16). Y esta es la Trinidad, unidad simple, inseparable, inenarrable, siempre permaneciendo, siempre presente, reinando en todas partes, un solo Dios, del cual el profeta David dice: "Tú eres el único Dios grande" (Sal. LXXXV, 10).

CAPÍTULO V.

11. Natividad del Hijo de la virgen. Señales en el nacimiento de Cristo. Infanticidio. El niño Jesús hallado entre los doctores. Conversión del agua en vino. Creemos en su Hijo Jesucristo, nacido del Espíritu Santo de la virgen María. ¿Por qué temes, incrédulo, esta natividad? No creas, si solo era un hombre quien nació; pero si era Dios hecho hombre, nació de quien quiso, porque nació como quiso. Admira más bien que el Verbo asumió carne: no se transformó en carne, porque permaneciendo Dios asumió al hombre. ¿Qué admiras, entonces, que la madre dio a luz a su propio creador, que la criatura creó a su hacedor? Así quiso nacer el excelso humilde, para que en esa misma humildad mostrara su majestad. La madre intacta llevaba a su hijo, y ella misma se maravillaba al ver a su prole, a quien no había estrechado el abrazo marital. Pero, incrédulo, escucha lo predicho, reconoce lo cumplido. El profeta David dice: "Madre Sion, dirá el hombre; y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo la fundó" (Sal. LXXXVI, 5). El mismo que la fundó, el Altísimo, él mismo fue hecho hombre en ella: Altísimo, porque creó tal madre; Altísimo, porque así se formó en ella, que al salir de su vientre, la hizo madre de su hijo, y no corrompió su integridad. ¿Cuál es la gracia de esta madre y virgen? ¿Cuál es la gracia de esta mujer, que sin conocer varón lleva a su hijo? ¿Cuál es la gracia? Escuchen al ángel Gabriel saludándola: "Alégrate, dice, llena de gracia, el Señor está contigo" (Luc. I, 28). Cuando el ángel saludó así a esta virgen, entonces el Espíritu Santo la fecundó: entonces esa mujer concibió varón sin varón, entonces fue llena de gracia, entonces recibió al Señor, para que estuviera en ella quien la había hecho. Pues no se debe creer, amadísimos, que con él ya presente y protegiéndola, pudiera dominar a esa mujer la corrupción, en la que no había lujuria de ardor.

12. Sepa, sin embargo, a quién llevó la Virgen madre, sepa, que el asombro se aleje, que la fe se acerque. He aquí que quien lleva nace; aún no habla, y sacude todo el mundo. Clama el cielo, con el resplandor de una nueva estrella: clama la tierra, turbada por Herodes; vienen los Magos advertidos, los judíos turbados inquietan; buscan dónde está quien está en todas partes, se busca en el mundo al creador del mundo. Pero se buscaba no para reconocerlo, sino para matarlo (Mat. II): porque "el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció" (Juan I, 10). Oh mundo inmundo, viene quien te redima, y te turbas; y entonces quieres perderlo, cuando él dispuso liberarte. Oh tierra impía de los judíos, no te correspondes con el cielo. El cielo muestra para que sea adorado; tú buscas para que el niño sea asesinado. Él te anuncia que Dios ha asumido al hombre por ti, y tú quieres perder a quien vino a redimirte. Espera un poco; vino para cumplir incluso tu pésima voluntad: pero espera, para que él recoja su herencia. Recoge, recoge, Redentor: no se gloríe el dispensor. Véngate de aquellos que te persiguen siendo niño, que sus niños mueran por ti. Si ellos son crueles contigo, que sus niños mueran por ti. Véngate, así véngate. Que los hijos insulten a los padres aún sin hablar, que convenzan a los que se ensañan: que los infantes den testimonio de tu inocencia, porque no hay en ti malicia alguna; y que aquellos que quieren que seas asesinado siendo inocente, les suceda que hagan que sus propios niños sean separados de ellos. Lloren, lloren, judíos, y

lamenten a sus hijos, no mueren ellos, porque son recibidos por la vida: a ustedes se les impone la pena de la orfandad, pero a ellos se les ofrece la gloria de la inmortalidad. Anunciaron a Herodes dónde podía encontrarse para ser asesinado el Hijo de Dios: pero él, matando a sus hijos por el Hijo de Dios, y sin saberlo, los castiga con la pena de la orfandad como traidores, y hace a sus hijos herederos de Dios. Así se burlaba de ustedes aquel que, habitando en el cielo, yacía en la tierra: así se mofaba de sus furias y de las de su rey, cuando volvía sus males sobre ustedes, y de sus males hacía muchos bienes.

13. Reconociste, Virgen madre, la infancia de tu hijo, reconoce también su niñez. El Evangelio dice: "Fueron con el niño Jesús sus padres a Jerusalén, para ofrecer por él sacrificio según la ley. Y sucedió que al regresar ellos, el niño Jesús se quedó en el templo: y estaba discutiendo con los ancianos y escribas; y todos se maravillaban de la sabiduría que había en él, y turbaba a muchos. Pero cuando regresaron buscándolo, lo encontraron sentado en medio de los ancianos, preguntándoles y respondiéndoles. Y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que angustiados te buscábamos. Entonces él: ¿Por qué estabas angustiada?, dijo. ¿No sabes que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?" (Luc. II, 43-49). Cuando la madre escuchó tales cosas de su hijo niño, se asombró en su corazón: pues no nombraba al padre que no conocía en la tierra, sino a aquel que hizo el cielo y la tierra.

14. Reconozca también su adolescencia, vea muchos y grandes milagros, la conversión del agua en vino. En este primer milagro, esa mujer intentó ordenar a su hijo como si pudiera, como madre dueña que se reconocía sierva. "Hijo, dice, les falta vino, haz que las aguas se conviertan de nuevo en vino". Y él, para distinguir entre Dios y hombre, porque según el hombre era menor, según el hombre era sujeto, pero según Dios estaba por encima de todos (Juan II, 3, 4): "¿Qué tengo yo contigo, mujer?, dice, aún no ha llegado mi hora". Como si le dijera: Vendrá la hora, cuando lo que nació de ti, colgando en la cruz, te reconozca, y te encomiende al discípulo amado; pero en este milagro, ¿qué tengo yo contigo? Pues esto no procede de ti, sino de aquel que te hizo: no te corresponde a ti ordenar a Dios, pero sí serle sujeta. Pero la piadosa madre, que no tomó con aspereza la advertencia del hijo que decía: "¿Qué tengo yo contigo?", vea en los demás milagros a Dios obrando, a quien miraba como hijo adolescente, vea la iluminación de los ciegos, la purificación de los leprosos, el andar de los cojos, el oído de los sordos, la expulsión de los demonios; y lo que es mayor que todo esto, la resurrección de los muertos. Pero aún reconozca esta madre, y se asombre de la juventud de su hijo.

CAPÍTULO VI.

15. De la pasión y resurrección de Cristo. ¿Qué le queda al joven, sino salir como un esposo de su cámara nupcial? Que el esposo tome a su esposa, que se busque y se encuentre a quien unirse. No es solo un hombre, sino Dios y hombre: que se busque a quien unirse. Que se encuentre una como aquella de la que nació, que haga fecunda a la madre y conserve intacta a la virgen. Que el Hijo de la virgen permanente tome a una virgen que permanecerá. He aquí el tiempo: ahora los judíos cumplan su voluntad, cuando Él mismo se digna dar el poder. Actúen, judíos, ignorantes de las bodas del Cordero, den la recompensa del dinero al malvado Judas: actúen para que aquel que nació de una virgen sea colgado en la cruz por Poncio Pilato. Que nuestro esposo suba al madero de su cámara nupcial, que nuestro esposo suba al lecho de su cámara nupcial. Que duerma muriendo, que su costado sea abierto, y que la Iglesia salga virgen: para que así como Eva fue hecha del costado de Adán dormido, así también la Iglesia se forme del costado de Cristo colgado en la cruz. Pues su costado fue herido, como dice el Evangelio, y al instante brotó sangre y agua (Juan XIX, 34), que son los

dos Sacramentos de la Iglesia. Agua, en la que la esposa es purificada: sangre, de la que se encuentra dotada. En esta sangre los santos mártires, amigos del esposo, lavaron sus vestiduras, las hicieron blancas, vinieron invitados a las bodas del Cordero, recibieron la copa del esposo, bebieron y le ofrecieron. Bebieron su sangre, derramaron su sangre por Él. ¿Qué hizo la insensata impiedad de los judíos, que no solo no quisieron venir invitados, sino que además mataron al esposo? ¿Qué hizo la iniquidad de Judas que lo vendió, de quien debía ser redimido? He aquí que ni Judas retuvo el precio, ni los judíos a Cristo, a quien compraron. A aquel le digo, ¿Dónde está lo que recibiste? Al judío le digo, ¿Dónde está lo que compraste? A aquel le digo, cuando vendiste, entonces te engañaste: a este le digo, lo que compraste, no pudiste poseer. Alégrate, cristiano; en el comercio de tus enemigos has vencido: lo que Judas vendió y el judío compró, tú lo adquiriste. Alégrate, alégrate, esposa Iglesia; porque si estas cosas no se hubieran hecho en Cristo, tú no habrías sido formada por Él. Vendido te redimió, muerto te amó: y porque te amó mucho, quiso morir por ti. ¡Oh gran sacramento de este matrimonio! ¡Oh cuán grande misterio de este esposo y de esta esposa! No se explicará dignamente con palabras humanas. De esposo nace la esposa, y al nacer, inmediatamente se une a él; y entonces la esposa se casa, cuando el esposo muere; y entonces él se une a la esposa, cuando se separa de los mortales: cuando él es exaltado sobre los cielos, entonces ella es fecundada en toda la tierra. ¿Qué es esto? ¿Quién es este esposo ausente y presente? ¿Quién es este esposo presente y oculto, a quien la esposa Iglesia concibe solo con fe, y sin ningún abrazo da a luz sus miembros cada día? ¿Quién es este que así nació, así creció, así murió? ¿Quién es este que infante aterrorizó al rey, niño convenció a los judíos, joven perturbó a Poncio Pilato? ¿Quién es este? ¿Quiéren saberlo? El Señor de los ejércitos, Él es el rey de la gloria (Salmo XXIII, 10). Si el Señor de los ejércitos es el rey de la gloria: entonces no temió a los judíos cuando vinieron armados, ni al juez que injustamente juzgaba, ni a los soldados que se burlaban, ni a los enemigos que se mofaban, ni a la corona de espinas que le imponían, ni a sus vestiduras que dividían, ni a la hiel, ni al vinagre, ni a la cruz, ni a la lanza, ni a la muerte. Pues cuando los judíos y Poncio Pilato hacían estas cosas, el Señor de los ejércitos realizaba nuestro negocio; lo que no había robado, entonces lo devolvía. No robó iniquidad, y por los inicuos aceptó la muerte: para que se cumpliera lo que de Él estaba escrito, Lo que no robé, entonces lo devolvía (Salmo LXVIII, 5). Finalmente, para que sepan que devolvió por nosotros lo que no debía (Cristo murió por los impíos [Rom. V, 6]), tan pronto como soltó el saco de su carne en el madero de la cruz, y pagó nuestro precio al acreedor; allí mismo hizo confesor a aquel ladrón (Luc. XXIII, 42), para que por él restaurara la ruina de los impíos. Veán al redimido que el diablo poseía como homicida: veán al Señor de los ejércitos haciendo milagros incluso en la muerte. Entonces el ladrón confesaba, cuando Pedro se turbaba; entonces este reconoció, cuando aquel negó. Pero, ¿acaso porque el Señor adquirió al ladrón, perdió a Pedro el negador? De ninguna manera, de ninguna manera. Realizaba un misterio quien derramaba el precio, demostrando en Pedro que nadie debe presumir de ser justo en sí mismo; en el ladrón, que ningún impío convertido puede perecer. Teme el bueno, no sea que perezca por soberbia: no desespere el malo por mucha malicia. Reúnanse los que presumen, reúnanse los que desesperan. Reconocemos que se ha dado un gran precio por nosotros, porque hemos sido redimidos con la sangre de Cristo. Actuemos de manera que no desagrade a tal Señor. He aquí que amó a los siervos, y a los que redimió como siervos, los hizo libres. He aquí que es poco, porque dona su libertad; ofrece fraternidad, promete incluso herencia. ¿Tienes algo más que esperar? Al venir asumió tu muerte, al resucitar te donó su vida. ¿Tienes algo más que esperar? Aquel, aquel que fue crucificado por ti, resucitando al tercer día de entre los muertos, te exaltó sobre los cielos; te hizo hijo de Dios. ¿Tienes algo más que esperar? ¿Qué retribuiremos al Señor, por todos los beneficios que nos ha dado (Salmo CXV, 12)? Nos hizo antes de que existiéramos, nos dio la vida, nos dio la edad, nos dio la libre voluntad, nos dio la sustancia, nos dio el ingenio, nos

dio la razón, nos dio el conocimiento, nos dio todo lo suyo para que fuera tuyo; y de todos estos bienes hemos hecho mal uso, nos hemos vuelto soberbios, hemos ofendido al Creador que nos otorgó tantos bienes, mercedamente por la transgresión: perecimos, nos buscó: fuimos llevados cautivos, nos socorrió; éramos llevados a la muerte perpetua, nos liberó. ¿Qué te ha faltado, quien se entregó a sí mismo por ti? ¿Y dudas que te dé su vida, quien compartió contigo su muerte? ¿Qué le retribuiremos? Si no hay nada que le retribuamos, recibamos de Él lo que le ofrezcamos. Esto te pide Cristo, esto te dice: Lo que hice por ti, hazlo tú por mí; puse mi alma por ti, y tú pon tu alma por tus hermanos. No temas la muerte, porque cuando no podías vencer, yo morí para que tú vencieras: vencerías, no por ti, sino por mí; porque yo también morí, no por mí, sino por ti. Tú sabías morir, no sabías resucitar: asumí la muerte que conocías, te mostré la resurrección que ignorabas. Amando al resucitado, cree para que por Él también tú resucites. Hemos dicho, y, en cuanto Él nos ha dado, hemos expuesto estas tres sentencias, que nació de la virgen María, fue crucificado bajo Poncio Pilato y sepultado, resucitó al tercer día de entre los muertos. Pues si pudiéramos hablar de cada una, como es digno, la extensión del discurso les causaría más fastidio que deleite.

CAPÍTULO VII.

16. De la ascensión del Señor y la sesión a la derecha del Padre. Porque hemos dicho hasta dónde descendió el Altísimo por nosotros; ahora digamos cómo lo que asumió de nosotros, lo elevó al cielo, lo colocó a la derecha del Padre, y dio a nuestra fe una prenda segura, para que los miembros estén seguros de tan gran cabeza, y esperen fielmente poder llegar a Él, a quien ya creen sentado a la derecha del Padre. Asumido en los cielos. Esta sesión, amadísimos, no la tomen como si estuviera colocada con miembros humanos, como si el Padre se sentara a la izquierda, para que el Hijo se sienta a la derecha; sino entiendan esa derecha como el poder, que recibió aquel hombre asumido por Dios, para que venga a juzgar quien antes vino a ser juzgado. Pues ascendió al cielo, para que la fe ocupe su lugar. Esto se encuentra predicho por el profeta David: dice, La congregación de los pueblos te rodeará, y por esto regresa en lo alto; el Señor juzga a los pueblos (Salmo VII, 8, 9). Esto dice: Porque fuiste humillado en forma de siervo hasta el oprobio de la cruz (Filip. II, 6), y aquellos que te vieron crucificado, algunos creyeron, muchos dudaron; resucitando de entre los muertos regresa en lo alto, digna de ascender sobre los cielos: para que la congregación del pueblo fiel se reúna en uno por la fe, para que la fe los conduzca a la visión. Esa es la virtud de tu omnipotencia, para que puedas más en esos fieles, cuando ausente de ellos en aquel hombre asumido te sientan. Sin embargo, la presencia de tu majestad nunca se aparta de los corazones de tus fieles. Vean, amadísimos, qué ha donado aquel que ascendió en lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Salmo LXVII, 19, y Efesios IV, 8); vean qué ha donado. Vino maravillosamente, creció maravillosamente, exhibió muchos milagros, que hemos mencionado anteriormente, la salvación eterna otorgó salud a muchos. Quien asumió nuestras enfermedades, curó muchas y diversas enfermedades. También fue rodeado entonces por una multitud de pueblos, que no fueron traídos por la fe, sino por la curiosidad de los ojos. De hecho, al ver los milagros muchos alababan, otros detractaban. Pues de ahí viene aquella palabra de detracción diciendo, que en Beelzebub príncipe de los demonios expulsaba demonios (Lucas XI, 15). Sin embargo, aunque hacía tantos milagros, fue despreciado: no solo no fue tratado dignamente, sino que además fue asesinado. ¿Por qué no se hizo entonces que se reuniera ese número con su presencia, sino porque era necesario cumplir todo lo que estaba escrito sobre Él? Pues cuando se hacían esas cosas, ya ellos estaban siendo preparados por Él mismo, ya su cautividad estaba capturada. Se esperaba que el Salvador ascendiera, y donara dones. ¿Qué dones? Los dones que recibieron los discípulos; que recibió Pedro, para morir por el ausente, a quien desesperando había negado presente. Vean lo que dice el mismo

Pedro en su Epístola, lo que derrama de ese don del Espíritu Santo: Creyendo, dice, en aquel a quien no ven, se alegran con un gozo inefable (I Pedro I, 8). Alegrémonos también nosotros creyendo en aquel a quien no vemos; para que seguros lo veamos, cuando llegemos a Él. Pero vendrá Él mismo, pero no tal como vino antes.

CAPÍTULO VIII.

17. Cristo en qué forma vendrá al juicio. Pues vendrá a juzgar a vivos y muertos. Vendrá para juzgar quien estuvo bajo juicio; vendrá en la forma en que fue juzgado, para que vean a quien traspasaron. Reconozcan los judíos a quien negaron: los convenza aquel hombre asumido, y crucificado por ellos. Quizás, amadísimos, ya que la verdad evangélica no ocultó que resucitó con cicatrices, quien podría si quisiera de su cuerpo resucitado y glorificado borrar toda mancha de cualquier cicatriz (pero sabía por qué guardaba las cicatrices en su cuerpo, para sanar las heridas de la duda en los corazones de los discípulos): quizás, como dije, así como lo mostró a Tomás, que no creía a menos que tocara y viera, así también a sus enemigos les mostrará sus heridas. Por lo cual se dijo por el profeta, Verán a quien traspasaron (Zacarías XII, 10): no para decirles, como a Tomás, Porque viste, creíste (Juan XX, 25-29); sino para que la Verdad, convenciéndolos, diga, He aquí al hombre que crucificaron, he aquí a Dios y hombre en quien no quisieron creer. Ven las heridas que infligieron, reconocen el costado que traspasaron: porque por ustedes y para ustedes fue abierto, y sin embargo no quisieron entrar. Quienes no fueron redimidos con el precio de mi sangre, no son míos; apártense de mí al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). Pero que la muerte de ellos sirva para nuestra salvación. Si ellos lo despreciaron, temamos nosotros a quien así vendrá a juzgar. Que cada uno se apresure mientras vive, para que viva; corra, para que sea redimido con su precioso sangre: no sea que cuando no se encuentre en el número de los redimidos, permanezca en el número de los perdidos. Aquí, aquí mientras se vive, se elija un mejor lugar. Este es el tiempo de la fe. Sin embargo, En el infierno, dice el profeta, ¿quién te confesará? (Salmo VI, 6). Quien quiera vivir siempre, y no temer la muerte, mantenga la vida, para que la muerte sea superada por la vida. Quien no quiera temer al justo juez juzgando, ahora lo tenga como defensor.

CAPÍTULO IX.

18. Del Espíritu Santo. Contra los arrianos que dicen que el Padre es mayor, el Hijo menor, el Espíritu Santo mucho inferior. Aún se refutan los arrianos. Creemos también en el Espíritu Santo. Creemos que el Espíritu Santo es Dios igual al Padre y al Hijo, porque está simultáneamente en el Padre y en el Hijo. ¿Cómo está en el Padre? Escucha al Hijo: El Espíritu, dice, que procede del Padre, él los introducirá en toda la verdad (Juan XV, 26, y XVI, 13). ¿Cómo está en el Hijo? El mismo Hijo después de la resurrección enviando a sus discípulos a predicar el Evangelio, sopló en sus rostros, y les dijo: Reciban el Espíritu Santo (Juan XX, 22). ¿Cómo es el Espíritu del Padre? El mismo Señor en el Evangelio: No son ustedes los que hablan, sino el Espíritu de su Padre que habla en ustedes (Mateo X, 20). ¿Cómo es también el Espíritu del Hijo? El apóstol dice: Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Romanos VIII, 9). ¿Cómo el mismo Espíritu del Padre y del Hijo procediendo del Padre y del Hijo atestigua que el Hijo asumió carne? El evangelista Juan dice: El Espíritu, dice, aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39). Pero cuando el Hijo fue glorificado, él dice: Se abrieron los cielos, y descendió sobre Jesús bautizado el Espíritu Santo en forma de paloma, y se hizo una voz diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo III, 16 y 17).

19. Esto tú, hereje arriano, cuando lo escuchas o lees, el Hijo glorificado, el Espíritu Santo en forma de paloma enviado desde los cielos: con esta autoridad tu pensamiento carnal, y la fantasía del espíritu maligno que opera en los hijos de la desobediencia, introduce al Padre como mayor, porque no fue visto; al Hijo como menor, porque fue visto en hombre; al Espíritu Santo mucho inferior al Hijo, porque apareció en forma de paloma. Dices para ti, y razones perversamente: Cuánto dista lo visible de lo invisible, tanto dista el Hijo del Padre; y cuánto dista la especie del hombre de la especie de la paloma, tanta distancia ves entre el honor del Hijo y el del Espíritu Santo. Pensando esto estás cercano al precipicio del error. Pues no faltaron quienes pensarán esto de la alma humana, lo que tú quieres afirmar de la sustancia divina. Introdujeron algunos, según los méritos, que las almas se dan a los cuerpos, y que hay revoluciones y círculos. El profeta David, rompiendo con voz divina, dice, En el circuito, dice, los impíos caminan. Quienes creen o predicán tales cosas, son impíos. Y como si Dios le dijera, ¿Qué piensas tú de la descendencia de los hombres? añadió, Según tu altura multiplicaste los hijos de los hombres (Salmo XI, 9). Pero esta es otra cuestión, en la que ahora no es necesario detenerse más. Sin embargo, porque nuestra disputa contigo, hereje, es sobre la especie del hombre y de la paloma: en esto dices que el Hijo es mayor que el Espíritu Santo, porque por la dignidad de su grado, así como mucho dista entre la naturaleza del hombre y de la paloma, tanta distancia ves entre el Hijo y el Espíritu Santo: podría responderte, porque la inocencia que tiene la paloma, no la tiene el hombre: pero no lo digo; pues estamos hablando de aquel hombre que vino sin pecado. Pero si esto te mueve, porque el Hijo asumió hombre, el Espíritu apareció en paloma; también debe moverte esto, porque el mismo hombre asumido por el Hijo de Dios fue llamado cordero por la Escritura divina. Pues también Juan el Bautista dice: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Y el profeta Isaías dice: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca (Isaías LIII, 7). Y el apóstol Juan en el Apocalipsis dice: Vi un Cordero de pie como inmolado (Apocalipsis V, 6). Dime, si puedes explicar, por qué fue llamado cordero el Hijo de Dios: te explicaré yo la especie de la paloma del Espíritu Santo. Si me dices, El Cordero es el Hijo de Dios por la inocencia: esto también te diré yo del Espíritu Santo, Por eso el Espíritu Santo es paloma por la inocencia. Si Cristo es cordero por la inocencia, y el Espíritu Santo es paloma por la inocencia: guarda tú también la inocencia, y ve la equidad (Salmo XXXVI, 37). Ves la equidad, si entiendes la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

20. Pero que la doctrina católica socave aún tus vanas maquinaciones y diversas comparaciones sobre la sustancia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; para que tu edificio, que construyes sobre arena y no sobre roca, sea derribado por el soplo de los vientos, es decir, de los divinos discursos, y por la lluvia de la gracia que descende, y se convierta en una gran ruina. Aunque conocemos, creemos y sostenemos que toda la Trinidad es invisible: dinos tú, hereje, quién es aquel que apareció a Moisés en la llama de fuego en el monte Sinaí, cuyos posteriores vio Moisés cuando el mismo Señor se los mostró. Pues cuando él pidió ver el rostro de Dios, diciendo: "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro"; el Señor le respondió: "Sube al Horeb, y ponte sobre la roca, y pasará mi gloria ante ti, y verás mis espaldas, pero mi rostro no se verá por ti" (Éxodo 33, 13-23). ¿Quién es este que guió a los hijos de Israel al salir de Egipto? Dios, dice el libro del Éxodo, iba delante de ellos, de día en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego (Éxodo 13, 21). ¿Quién es este? ¿Es el Padre o el Hijo? Si dices que es el Padre: entonces el Padre fue visto en alguna forma. Pero no te atreves a decir que es el Hijo: para no ser refutado nuevamente por el testimonio de Moisés, "Tú eres Dios solo, y no conocemos a otro fuera de ti" (Deuteronomio 32, 39). Por lo tanto, asignarás a Dios Padre lo que apareció en la columna de fuego o de nube. Si

asignas esto a Dios Padre, vuelve ahora a tu razonamiento; y dime cuál es la mejor naturaleza, la del fuego, la de la nube, o la del hombre. Y si dices que es la del fuego o la de la nube, serás ridiculizado no solo por los hombres, que están dotados de razón, no por aquellos engañados por vuestra vana seducción; sino también por los mismos animales, que aunque no tienen intelecto racional, poseen un sentido natural, que no se atribuye al fuego o a las nubes. Pero si dices que la del hombre es mejor: el Hijo se te muestra mayor que el Padre; porque el Hijo apareció en el hombre, el Padre apareció en el fuego. Esto, arrianos, se dice según vosotros: pero según la doctrina recta y verdadera, así como el Hijo no es mayor que el Padre porque el Hijo apareció en el hombre y el Padre en el fuego; así tampoco el Espíritu Santo es menor que el Hijo porque apareció en forma de paloma. La divina sustancia de la Trinidad, permaneciendo en sí misma tal como es, para renovar lo perdido y restaurar nuestra ruina, se mostró visiblemente según la capacidad de los hombres y la congruencia de cada cosa; no perdió su unidad ni su igualdad. Dios en el fuego, pero no es fuego: el Hijo en el hombre, pero no era solo lo que se veía, también era lo que estaba oculto. Pues si todo lo que se veía era, ¿qué es lo que decía a sus discípulos: "El que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él" (Juan 14, 21)? ¿Qué iba a manifestar, si todo lo que se veía era? Por lo tanto, también había algo oculto. Así también el Espíritu apareció en la paloma, pero el Espíritu no era la paloma.

21. Todo esto, hombre, se hizo por ti. No ofendas a aquel que te hizo, para que consigas de él lo que sigue en este santo Símbolo:

CAPÍTULO X.

Sobre la remisión de los pecados. La remisión de todos los pecados. No proclames menor a aquel que te lleva al reino de los cielos en la remisión de los pecados. Sin esta fe, si alguien se acerca al Bautismo, él mismo cierra la puerta de la indulgencia contra sí. Y no por otra razón, amadísimos, se hizo que el Padre enviara al Hijo, y que el mismo Hijo asumiera al hombre para sanarlo, y que el Espíritu Santo derramara este don, sino para que nuestras almas fueran liberadas de las cargas de los pecados. Aunque asumió al hombre entero para curarlo; mostró que debía prestarse mayor cuidado al alma que al cuerpo. Pues cuando el mismo Salvador, entre otros milagros que hacía presente, vio a un paralítico oprimido por una antigua enfermedad, primero consideró que su alma debía ser sanada, y luego se dignó a otorgar salud también a su cuerpo. "Hijo", dijo, "confía, tus pecados te son perdonados". Una gran salvación no debe ser despreciada. Esto debe desear quienquiera que desee ser salvo interior y exteriormente. "Limpien", dice el mismo Señor, "lo que está dentro; y lo que está fuera será limpio" (Mateo 23, 26). Sin embargo, aquella intención perversa de los judíos, que no seguían fielmente a Cristo, sino que lo frecuentaban para tenderle insidias con engaño, cuando oyeron al Señor decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados"; inmediatamente aquella murmuración de su malvada mente, donde los oía quien escudriña los corazones, "¿Quién es este", dicen, "que perdona pecados? Blasfema: porque nadie puede perdonar pecados, sino solo Dios". Pero él, para demostrarles que él es Dios, y mostrar su maldad, y demostrar su poder, les dijo: "¿Por qué piensan mal en sus corazones? ¿Qué es más fácil decir, 'Tus pecados te son perdonados'; o decir, 'Levántate y anda'? Pero para que sepan que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): Levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa. Y al instante se levantó, tomó su camilla, y se fue" (Mateo 9, 2-7). ¡Oh, cuánto mejor le sería, si después de recibir la remisión de los pecados, no se levantara de la cama para pecar de nuevo, sino que se levantara del sepulcro a la verdadera vida, libre y seguro! No es en vano, amadísimos, que se le dijo: "Toma tu camilla, y vete a tu casa". Así el Señor quería curarlo interiormente, para que ya no sufriera más. Pero "toma tu camilla", ¿qué es, sino, lleva de nuevo la carga de tus delitos? No estarán

libres tus hombros, llevarás lo que te oprime, estarás encorvado bajo el peso, tu cabeza ya libre será nuevamente agobiada por la servidumbre. Porque todo aquel, dice el Señor, que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan 8, 34). Si después de la remisión de los pecados aquel paralítico hubiera partido de esta vida, habría recibido plena libertad. Pero el hecho de que se le permitió vivir aquí después, aunque no pecó, lo cual es difícil de creer; estuvo en gran peligro: porque toda esta vida es una tentación (Job 7, 1). Por lo tanto, quienquiera que, amadísimos, cree fielmente, y sostiene y abraza sin dudar esta profesión de fe, en la cual se perdonan todos los pecados, prepare su voluntad a la voluntad de Dios: para que si después del Bautismo él se digna retenerlo un poco en esta vida, no deje de orar y decir: "Sé mi ayuda, no me abandones" (Salmo 26, 9, 10). Pero si se digna llamarlo libre y purificado de toda escoria de pecado, que vaya sin demora y sin tristeza hacia él, con quien y por quien él mismo comience a reinar; y no tema el vehículo de la muerte, en el cual primero subió él mismo que llama. Porque así como resucitándolo lo condujo al Padre, así también te representó a ti ante él por la resurrección. Porque para invitarte al cielo, descendió a la tierra, pero no abandonó el cielo.

CAPÍTULO XI.

22. Sobre la resurrección de la carne. En la resurrección de la carne. Mantengamos fielmente que toda carne resucitará, es decir, la criatura racional. Esta es la suma de nuestra fe, que nos separa de los infieles. Pues no es lícito para nosotros discutir sobre los animales o las demás criaturas vivientes, a las cuales no se les ha atribuido la imagen del Creador. Reconocemos que todas estas cosas fueron creadas para nuestro uso. Que lea alguien lo que Dios dijo al hombre, cuando lo formó y lo bendijo, y encontrará escrito así en el libro del Génesis: "Dios hizo al hombre, a su imagen lo hizo; varón y hembra los hizo, y los bendijo diciendo: Crezcan y multiplíquense, y llenen la tierra, y domínenla; y tengan potestad sobre los peces del mar, los animales de la tierra, y las aves del cielo" (Génesis 1, 27, 28). Por lo tanto, todas estas cosas fueron creadas para el uso de nuestra debilidad, como dije. Pero así como nuestra corrupción no resucita con nosotros, ni nuestra debilidad; así tampoco lo que ahora es necesario para nuestra debilidad. Cómo serán nuestros cuerpos, lo dice el apóstol Pablo: "Se siembra", dice, "en corrupción, resucitará en incorrupción; se siembra en debilidad, resucitará en poder; se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (1 Corintios 15, 42-44). Esta incorrupción, poder, y gloria, y espíritu vivificante, nos hará, como el mismo Señor se dignó prometer, iguales a los ángeles de Dios (Mateo 22, 30); para que vivamos con ellos en la vida eterna, en una inmortalidad y patria sempiterna. En esa patria nuestra vida eterna será el mismo Cristo: "Él es el verdadero Dios y la vida eterna" (1 Juan 5, 20).

CAPÍTULO XII.

23. Sobre la vida eterna. Esto sigue también en este santo Símbolo, que después de la resurrección de la carne creemos. Y en la vida eterna. La corrupción ya no dominará sobre nosotros, viviendo inmortalmente, y permaneciendo con la misma vida eterna. Pues no necesitaremos allí vestimenta, donde estaremos vestidos de inmortalidad: ni nos faltará alimento, cuando el mismo pan vivo, que por nosotros descendió del cielo a la tierra, saciará nuestras almas con su presencia: ni nos faltará bebida, estando presente la fuente de vida. Nos saciará de la abundancia de su casa, y con el torrente de sus delicias regará nuestros corazones. No sufriremos calor allí: pues allí está nuestro refrigerio, quien nos protegió y protege bajo la sombra de sus alas (Salmo 35, 8-10). No sufriremos frío allí: pues allí está el sol de justicia; quien calentando nuestros corazones con su amor, ilumina nuestros ojos con los rayos de su divinidad, para que vean la divinidad e igualdad del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo. No nos fatigaremos allí: pues con nosotros estará nuestra fuerza, a quien ahora decimos, "Te amaré, Señor, mi fortaleza" (Salmo 17, 2). No dormiremos allí: pues no hay allí tinieblas que puedan excluir el día permanente. No habrá allí negociación, ni servidumbre, ni obra alguna. ¿Y qué haremos allí? Tal vez aquello que está escrito: "Estén quietos, y sepan que yo soy Dios" (Salmo 45, 11). Esta quietud de contemplación será la obra de nuestra acción; para que contemplando nos deleitemos, y deleitándonos contemplemos ver. ¿Qué ver? Las bondades del Señor (Salmo 26, 13). ¿Qué bondades? ¿Podemos expresar aquello que "ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre" (1 Corintios 2, 9)? ¿Podemos explicar cómo "será Dios todo en todos"? ¿Podemos explicar cómo el mismo Hijo "cuando entregue el reino a Dios y al Padre" (1 Corintios 15, 28, 24), es decir, la santa congregación de los fieles, no dejará a aquel hombre asumido y más glorificado, para que no difiera mostrar a los mismos fieles la gloria que tiene con el Padre antes de que el mundo fuera hecho? ¿Podemos explicar cómo la esposa Iglesia, que consta de hombres y mujeres, toda se convertirá en un hombre perfecto, y así recibirá la dignidad viril, para que no pierda el nombre de esposa? ¿Podemos explicar cómo los cuerpos resucitados de los santos, de qué gloria a qué gloria pasarán? ¿Podemos explicar a dónde seguirán a Cristo las vírgenes, a dónde no podrán seguirlo las no vírgenes, y cómo él, estando en todas partes, las llevará consigo, sin abandonar a las que no son vírgenes? ¿Quién se atreve a hablar de estas cosas estando en esta carne mortal que agrava el alma (Sabiduría 9, 15), cuando el apóstol Pablo no pudo explicarlo, quien estando en este cuerpo por la gracia operante pudo ascender hasta el tercer cielo (2 Corintios 12)? No seamos curiosos en investigar lo que los Apóstoles no pudieron expresar. Ciertamente, que nadie me pregunte lo que sé que no sé, a menos que sea para aprender a no saber lo que se debe saber que no se puede saber. Pero por la fe y la paciencia y la santa madre Iglesia esperemos recibir lo que él se haya dignado donar a grandes y pequeños.

CAPÍTULO XIII.

24. Advierte a los hijos de la Iglesia católica que se cuiden de los arrianos. La santa Iglesia, en la cual se termina toda la autoridad de este sacramento, madre y virgen, casta en cuerpo, fecunda en prole, esposa de Cristo declarada anteriormente, nutre piadosamente a los hijos que se esfuerza por asignar dignos a Dios Padre. Buenos hijos, amen a tan gran madre, buenos hijos, no abandonen a quien los busca diariamente: devuelvan el favor, amen a quien los ama. Es tan grande, es tal, es noble, es fecunda en prole real. No permitan que sea afligida por las injurias y las insidias de hijos malos o de siervos pésimos: defiendan las causas de su madre, exalten su amplísima dignidad. Que el mal siervo no insulte a la señora; que el hereje arriano no insulte a la Iglesia. Es un lobo, reconózcanlo: es una serpiente, aplasten sus cabezas. Halaga, pero engaña: promete mucho, pero decepciona. "Vengan", dice, "defenderé: si hay necesidad, alimentaré; si hay desnudez, vestiré: daré dinero, estableceré lo que cada uno reciba cada día". ¡Oh lobo malvado! ¡Oh serpiente iniqua! ¡Oh siervo malvado! pisoteas a la señora, atacas a la verdadera madre, desprecias a Cristo, rebautizas al católico; y lo peor de tu arte, oprimes a otros con poder para perderlos, compras a otros con dinero para matarlos. ¿Acaso, hereje, vistes al desnudo para despojarlo interiormente vestido de Cristo? ¿Alimentas al hambriento para quitarle el alimento celestial del alma? ¿Das dinero para que te vendan a Cristo para ser rebautizado, como Judas vendió a Cristo para ser crucificado por los judíos? Que tu dinero perezca contigo (Hechos 8, 20). Haces cosas peores, hereje, que las que hizo el judío. Pues el judío, aunque compró a Cristo para ser matado, una vez perforó el costado del que colgaba en la cruz, pero reservó todo su cuerpo íntegro: tú, sin embargo, lo compras diariamente con dinero para desgarrar diversos miembros del que está sentado en el cielo. Pero ustedes, amadísimos, que desde el principio han sido nutridos con los pechos de la

santa madre Iglesia, y han sido llevados hasta el alimento sólido por ella, permanezcan en ella. Si alguien ha soportado con aspereza su disciplina o cualquier amonestación, y se ha alejado enojado, reconozca a su madre, regrese a ella con gusto: y ella recibe a quien busca; y se alegrará de que el hijo perdido haya sido convertido. Pero aunque se alegre mucho de que el hijo perdido haya sido convertido, no deja de proclamar la dignidad de estabilidad de los hijos que permanecen con ella.

DEL SÍMBOLO A LOS CATECÚMENOS OTRO SERMÓN.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las pompas del diablo, a las que renuncian los que van a ser bautizados. El sacramento del Símbolo que han recibido, y que han memorizado para su salvación, sepan que es el fundamento de la fe católica, sobre el cual se ha levantado el edificio de la Iglesia, construido por las manos de los Apóstoles y Profetas. Pues el edificio de la casa de Dios, son piedras vivas: que son ustedes. Así escribe el Apóstol a los creyentes: "¿No saben", dice, "que son templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en ustedes?" (1 Corintios 3, 16). Pero también el apóstol Pedro, dirigiéndose a los fieles, dice: "Ustedes, como piedras vivas, son edificados en casa espiritual" (1 Pedro 2, 5). Quien desee unirse a este edificio, renuncie al diablo, a sus pompas y a sus ángeles. Las pompas del diablo son todos los deseos ilícitos, que ensucian, no que adornan el alma; como son los deseos de la carne, los deseos de los ojos, las ambiciones del mundo. A la concupiscencia de la carne pertenecen las seducciones de los placeres: a la concupiscencia de los ojos, la frivolidad de los espectáculos: a la ambición del mundo, la insana soberbia; donde hay humo inflado, para que el hombre puesto en algún poder, no reconozca que es hombre, cuando juzga sobre el hombre. Quien quiera vencer al mundo, venza estas tres cosas que están en el mundo: y por ellas vence también a aquel que engañó al mundo persuadiendo con soberbia.

CAPÍTULO II.

2. Se reprende el culto a los ídolos. Después de que el hombre, renunciando al diablo, excluye al peor invasor, debe introducir al mejor poseedor; creer en Dios Padre todopoderoso, etc. Gran don de la gracia es creer y entender a Dios. Pero, ¿qué dice el profeta? Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9). Creámos, pues, para entender, pero oremos para merecer ver lo que creemos. Porque los pecados y el autor del pecado, el diablo, han separado el alma de Dios: y mientras la criatura siguió al seductor, abandonó a su salvador; se produjo una gran ruina: y el alma erró, adorando ídolos en lugar del verdadero Dios, y adoró lo que ella misma hizo, abandonando a aquel por quien fue hecha. Porque al adorar una piedra sin vida, ella misma perece, abandonando a Dios, que es su verdadera y eterna vida. De aquí proviene todo error y abandono de los bienes: de aquí el culto de los paganos y la perversidad de los herejes. Y las almas erraron por diversas y perversas voluptuosidades, de modo que unos adoraban al sol, otros a la luna y las estrellas, otros a los montes, otros a las piedras y a cualquier arbusto, como cada uno creyó haber encontrado, no a Dios como ayudador, sino al diablo como engañador: y así el alma erró de su Creador, de modo que todo lo que Dios le había dado para su servicio, ella lo adoraba como a Dios. ¿Acaso no fueron creadas todas las cosas para el hombre? Que alguien lea las Sagradas Escrituras y encontrará que Dios dijo al hombre, a quien formó del barro de la tierra: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla; y tened potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y los animales de la tierra. Y poco después: He aquí, os he dado todo para uso y alimento (Gén. I, 28, 29). Pero aquellos que no quieren leer las Sagradas Escrituras, la misma naturaleza de las cosas y el

mundo mismo, con sus obras de servicio, convencen a los incrédulos con una cierta voz suya, y reprendiendo al alma perversa, dice: ¿Qué es, miserable, que erras en mí, y te has vuelto degenerada, olvidando de quién fuiste creada tan grande, para quien el cielo y la tierra, tan hermosa casa, fue construida sin méritos precedentes? Responden también cada uno de los elementos clamando, y con sus propias obras mostrando a su artífice. Clama el cielo: No soy Dios: pues si fuera Dios, ninguna nubosidad podría oscurecerme, ni las tinieblas sucederían a mi luz; sino que la luz íntegra, incorrupta e inviolada permanecería, como permanece aquella luz verdadera que creó esta luz temporal en mí para ti. Clama también el sol: ¿Por qué me adoras, hombre, como a Dios, a quien ves ser contenido por el nacimiento y el ocaso? Dios no tiene ni nacimiento ni ocaso: pero al abandonarlo, has incurrido en una gran caída. Pero consideras que soy grande y maravilloso: sin embargo, reconozco que hay sobre mí quien me creó a mí y a ti. Y cuando las obras de mi esplendor y calor te sirven, ¿cómo me consideras digno de ser adorado como Dios, sino porque no sabes adorar al verdadero Dios? Así la luna y las estrellas emiten una voz similar: ¿No ves, dicen, oh hombre, que actuamos en el espacio nocturno, siendo excluidas por la luz, sin transgredir los límites establecidos, que el omnipotente artífice determinó para consuelo de tu descanso? No somos Dios: convencemos tu falsedad sirviéndote para tu castigo. Clama el mar y todo lo que hay en él: No somos Dios. Pues presto, como se me ha ordenado, servicio, recibiendo el paso de la quilla, movimientos adecuados, soplos de viento; dirigiendo los pasos, para que al puerto deseado, incluso arrastrándote la avaricia, te conduzca sin demora interpuesta. Los animales que nacen de mí, reconoces que te han sido dados como alimento. Entonces, al reconocer mi medida en todo, ¿por qué abandonas tu orden, abandonando al creador de todo, Dios? Clama la tierra: ¿Acaso, hombre, me atribuyes el nombre de deidad? Por eso no reconoces qué soy, porque has olvidado quién eres. No reconoces tu materia; no reconoces que eres mi barro, formado de mí, pero, lo que no soy yo, animado. No reconoces que entre todos los animales que han sido procreados de mí, tú solo has sido constituido casi señor del mundo bajo Dios. Con razón no entiendes, porque siendo en honor, no entendiste: fuiste comparado a los animales insensatos, y te asemejaste a ellos (Sal. XLVIII, 13).

CAPÍTULO III.

3. El verdadero Dios debe ser adorado, rechazando a los falsos dioses. Pero nosotros, amadísimos, a quienes se nos ha dado creer, no creamos que el sol es Dios o el rey del cielo; ni el mar, o algún rey suyo Neptuno, que la vanidad, no la verdad, inventa; ni la tierra y Plutón: sino que creamos en Dios Padre todopoderoso, creador de todo, rey de los cielos. Porque quien hizo todo de la nada porque quiso, él mismo gobierna lo que hizo. Estos inmortales que hemos mencionado anteriormente, no son dioses, porque pueden ser comprendidos y vistos aquí con los ojos: pero los demás, que los vanos adoran vanamente, Júpiter, Saturno, Marte, Juno, Minerva, Venus, y otros portentos, no son buenos numina, sino malos nombres, los mismos escritos de aquellos que se deleitan en tales errores lo proclaman. Pero nuestras Sagradas Escrituras, ¿qué tipo de Dios predicán? Escuchad al apóstol Pablo: Al inmortal, dice, invisible, incorruptible, único Dios, honor y gloria (I Tim. I, 17). Nuestro Dios no se ve con los ojos de la carne, sino que se ve con los ojos del corazón; no se ve temporalmente, sino que se ve eternamente. Pero dice el pagano: Muéstrame a quien adoras. Respondo: Yo tengo incluso ahora a quien mostrarte, pero tú no tienes ojos con los que ver. Porque, dice nuestro Salvador, bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). ¿Un corazón impuro y envuelto en las tinieblas de los pecados busca ver a Dios? La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5). ¿Acaso porque el ciego no ve, la luz no brilla? Si supieras, oh incrédulo, decir al verdadero Dios, Ilumina mis ojos (Sal. XII, 4); verías con nosotros ahora a través de un espejo en enigma,

para que puedas ver cara a cara (I Cor. XIII, 12). Si entendieras al artífice por sus obras, deducirías al Creador por la criatura. Si te asustaras en ti mismo, porque no te comprendes completamente; reconocerías a Dios que te hizo. Porque no ves tu alma, aunque tu alma ve todo a través de tu carne. O si ves tu alma, dime cómo es o cuán grande es: si es cuadrada o redonda; si es suave o áspera; si es cálida o fría; si tiene algún color o carece de todo color. Veo que te quedas sin palabras; no puedes mostrar cómo es tu alma. He aquí que tu alma es inmortal, y vivifica tu carne mortal. Digo que tu alma es inmortal en ambos sentidos. Si cree, es inmortal para la vida: si no cree, es inmortal para el castigo. Creemos, pues, en un Dios inmortal e invisible; no en aquel que vosotros, incrédulos, fingís como dios, simultáneamente adulterando y tronando: sino en el verdadero Dios, creador y rector de todo el mundo.

CAPÍTULO IV.

4. El nacimiento de Cristo de una virgen según la profecía de Isaías. Señales en el nacimiento de Cristo. Los niños asesinados por orden de Herodes se convierten en mártires de Cristo. El hombre es restaurado por los mismos pasos por los que pereció. Y en su Hijo Jesucristo: prometido desde antiguo por los Profetas. Sostenemos lo que ya sabemos que se ha cumplido. Pero por eso también se nos manda creer esto, porque cuando sucedió, no estábamos presentes. Estaban presentes entonces los judíos, de cuyo pueblo el mismo Salvador eligió a los Apóstoles, por quienes esta fe llegó a nosotros. En el mismo pueblo en el que y del que se dignó nacer, mucho antes el profeta Isaías había predicho: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y llamaréis su nombre Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros (Isaías VII, 14). Y en otro lugar, Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará (Isaías XI, 1): significando la vara a la virgen María, y el retoño de la vara, al hijo de la virgen, el Señor Jesucristo. Los judíos antes de que estas cosas sucedieran, leían, y no entendían: comenzaron a cumplirse las promesas, y no se alegraban, sino que más bien envidiaban. Cristo nace de una virgen como una flor de una vara, sin ninguna semilla compuesta. Nace un niño pequeño, un gran rey. Surgen señales ciertas y signos de un gran rey: los ángeles anuncian a los pastores, los cielos claman a través de una estrella como por un nuevo lenguaje. Se traen magos de lejos; vienen para adorar al que aún yace en el pesebre, pero ya reina en el cielo y en la tierra. Al anunciar los magos el nacimiento del rey, Herodes se turba; y para no perder su reino, quiere matarlo, en quien si creyera, reinaría seguro aquí y sin fin en la otra vida. Herodes pregunta a los judíos dónde nace Cristo. Preguntan juntos, no como los magos para adorarlo, sino para matarlo una vez encontrado. ¿Por qué temes, Herodes, al oír que ha nacido un rey? No vino él para excluirte, sino para vencer al diablo. Pero tú, sin entender esto, te turbas y te enfureces; y para destruir a uno que buscas, te conviertes en un cruel mago por la muerte de tantos niños. Ninguna piedad de las madres llorosas, ni los funerales de los padres lamentando a sus hijos, ni los gemidos y lamentos de los niños te detienen. Matas a los pequeños en cuerpo, porque el miedo te mata en el corazón; y piensas que si logras lo que deseas, podrás vivir mucho tiempo, cuando buscas matar la misma vida. Pero esa fuente de gracia, pequeño y grande, que yace en el pesebre, aterroriza tu trono: actúa a través de ti sin que lo sepas sus causas, y libera las almas de la cautividad del diablo. Recibió a los hijos de los enemigos en el número de los adoptados. Mueren los pequeños por Cristo sin saberlo, los padres lloran a los mártires moribundos: él, aún sin hablar, los hace sus testigos idóneos. He aquí cómo reina, quien así vino a reinar. He aquí ya libera el libertador, y el salvador otorga la salvación. Pero tú, Herodes, sin saber esto, te turbas y te enfureces; y mientras te enfureces contra el pequeño, ya le prestas servicio, y no lo sabes. Porque ese gran rey que vino para esto, para reunir aquí a través de ti y de otros a los suyos, tú le envías primero al reino de los cielos a miles de niños candidatos, un ejército innumerable. Esta multitud la mostraba el Apocalipsis de aquel bienaventurado apóstol Juan,

diciendo: Vi una gran multitud, que nadie podía contar, de toda tribu, de pie ante Dios; y estaban vestidos con vestiduras blancas, y palmas en sus manos (Apoc. VII, 9). ¡Oh gran don de la gracia! ¿Con qué méritos de ellos se les concedió vencer así a los niños? Aún no hablan, y confiesan a Cristo. Aún no pueden con los movimientos de sus miembros sostener una lucha, y ya llevan la palma de la victoria. ¿Cómo reinas, Herodes, que así eres vencido? Ese pequeño no te superó con la mano de hombres armados y fuertes, sino que te venció con una innumerable multitud de pequeños moribundos. ¿Quieres saber qué les has concedido a los niños que asesinaste? Por eso aceleraste su vida, para que no murieran con sus padres la verdadera Vida: esto lo hizo él a través de ti, quien sabe usar bien incluso tus males. Liberó sus almas de la sociedad de la destrucción de sus padres, y te dejó solo vacío en el crimen. La gracia actuó y actúa sus causas, tanto a través de sus enemigos, como a través de ellos, y en ellos: porque también ellos que morían, por naturaleza eran hijos de ira, como los demás (Efes. II, 3); pero ¿qué les concedió la gracia, sino que los libró del poder de las tinieblas (Col. I, 13)? Cristo les concedió morir por Cristo, les concedió ser lavados de su pecado original con su propia sangre. Nacieron para la muerte, pero inmediatamente la muerte los devolvió a la vida. Por los mismos pasos, amadísimos, por los que pereció la naturaleza humana, fue restaurada por el Señor Jesucristo. Adán orgulloso, Cristo humilde: por una mujer la muerte, por una mujer la vida; por Eva la destrucción, por María la salvación. Aquella corrompida siguió al seductor; esta íntegra dio a luz al Salvador. Aquella aceptó de buen grado la copa ofrecida por la serpiente, y la entregó al hombre, por lo cual merecieron morir juntos: esta, con la gracia celestial infundida desde lo alto, produjo la vida, por la cual la carne muerta puede resucitar. ¿Quién es el que hizo esto, sino el hijo de la virgen y esposo de las vírgenes? quien trajo fecundidad a su madre, pero no le quitó la integridad. Lo que concedió a su madre, también lo donó a su esposa. Finalmente, la santa Iglesia, que unida a él íntegro es íntegra, diariamente da a luz a sus miembros, y es virgen.

CAPÍTULO V.

5. Sobre la pasión de Cristo. Antídoto del sangre de Cristo. Crucificado bajo Poncio Pilato, y sepultado. Y esto creemos, y lo creemos de tal manera que nos gloriamos de ello. Porque a mí, dice el doctor de los gentiles, el apóstol Pablo, lejos esté gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14). Y nosotros en esto nos gloriamos, en esto esperamos, a esto nos aferramos. Porque nuestro viejo hombre fue crucificado con él en la cruz (Rom. VI, 6). Porque si él no hubiera sido crucificado, el mundo no habría sido redimido. Esa pena es nuestra salvación. Lo que el judío y el gentil detestan, el cristiano de ello se salva. Pero, ¿por qué el judío lo detesta? Porque, como dice el Apóstol, su delito es la salvación para los gentiles (Id. XI, 11). ¿Qué delito cometieron los judíos? Apresaron a Cristo, lo entregaron atado a Pilato, clamaron: Crucificalo, crucificalo. ¿Por qué? ¿por qué causa? Porque resucitó a un muerto. Pilato escucha, encuentra al inocente, ve al pueblo enfurecido, se excusa y dice: No encuentro causa en él; tomadlo vosotros y crucificadlo. Cuando Pilato decía, No encuentro causa en él, tomadlo vosotros; ¿qué otra cosa decía, sino esto: Habéis venido al juez como con un reo, pero habéis entregado a las leyes a un inocente, en quien no habéis podido probar ningún crimen. No seré justo si, según vuestro deseo, mato a un inocente; estaré ajeno a este hecho, a vuestra sedición, si os lo entrego. Tomadlo, dice, vosotros, y según vuestra ley crucificadlo. Y ellos: Sabemos, dicen, que es reo de muerte. ¿Qué sabe el ciego de corazón, no de cuerpo? Clama lo que no sabe, y para cumplir lo que desea, dice saber lo que no sabe. Pilato escucha de nuevo a Jesús; y conmovido por sus respuestas, encuentra un consejo para liberarlo. Salió a los judíos y dijo: Hay una costumbre de que os libere a uno en la pascua; ¿queréis, pues, que os libere al rey de los judíos? Clamaron y dijeron: No lo liberes a él, sino a Barrabás

(Juan XVIII, 30, XIX, 15). Barrabás era, como narra el Evangelista, un ladrón notorio. ¡Oh ceguera de los judíos! ¡oh furia de los frenéticos! No lo liberes a él, sino a Barrabás: ¿qué fue otra cosa que decir, que sea asesinado Cristo el salvador, porque resucitó a un muerto; que sea liberado el ladrón, para que nuevamente perpetre homicidio? Pero clamad: ¿qué clamáis sin saber? Sea asesinado por vosotros Cristo, y sean redimidas las naciones. Pero ese médico de las almas que os veía sufrir de frenesí, os infundía el sueño de la salvación: y por eso también él mismo quiso dormir por nosotros. Como si dijera: Soy médico, estáis enfermos; vuestra gran enfermedad rechaza el sueño de la salvación. He aquí que yo duermo por vosotros; para que al verme, os deleite dormir también a vosotros, y os libere de la muerte penal. Pero decía esto de ellos y a ellos, a quienes sabía que después creerían en él; y por quienes, colgado, rogaba al Padre, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Entre ellos estaba también aquel frenético, primero Saulo, después Pablo; primero orgulloso, después humilde: y él mismo sufría de frenesí, rechazaba el sueño de la salvación. Pero, ¿qué le hizo el médico? Derribó al que se enfurecía, levantó al que creía; derribó al perseguidor, levantó al predicador (Hechos IX). Derribado a tierra, el frenético durmió: se levantó, y se convirtió en médico. Comenzó a curar en otros la enfermedad que él mismo sufría, y convertido en discípulo del celestial archiatra, bebió el antídoto preparado con la sangre del médico: él mismo lo bebió primero, y lo ofreció a los amantes para que lo bebieran. Este antídoto preparado con la sangre del crucificado, también lo bebieron los mismos reyes de la tierra: y quienes eran perseguidores de la Iglesia, se convirtieron en sus defensores.

CAPÍTULO VI.

Sobre su sepultura. Resurrección al tercer día. La sepultura de este crucificado la indica el santo Evangelio: que fue recibido por José, envuelto en lienzos, con aromas, y puesto en un sepulcro nuevo. Porque el hombre nuevo, sin ninguna corrupción, procreado de una virgen, fue puesto en un sepulcro nuevo, en el que aún no había sido puesto un muerto: para que la santidad del vientre virginal en todo fuera adornada con la conveniencia del sepulcro inviolable (Juan XIX, 38-42).

6. Al tercer día resucitó de entre los muertos. Aunque muchos santos han sentido y dicho mucho sobre esto. Pues algunos, queriendo expresar tres días y tres noches hasta el domingo, incluyeron en un solo día la noche anterior al viernes, y el mismo viernes, y la noche del sábado y el sábado, y la noche del domingo y el mismo día de la resurrección. Otros, sin embargo, quisieron explicar tres días y tres noches desde el mismo viernes, y la noche que se hizo en medio del día, hasta el domingo, debido a aquella sentencia del Señor puesta en el Evangelio: "Así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así debe estar el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mat. XII, 40). Pero nosotros, sin vaciar el sentido de ninguno de ellos, busquemos mejor, si es posible, en esto un entendimiento espiritual, de cómo el Hijo del hombre estuvo en el corazón de la tierra tres días y tres noches: poniendo tres días como tres tiempos del siglo, antes de la Ley, bajo la Ley, bajo la Gracia; y tres noches como tres muertes, es decir, los tres muertos que el Señor resucitó presente en la carne, la hija del jefe de la sinagoga en la casa (Mat. IX, 18-25), el hijo de la viuda fuera de la puerta (Luc. VII, 12-15), y Lázaro de cuatro días en el sepulcro (Juan XI, 14-44). ¿De dónde viene la muerte, sino por el pecado? ¿Y qué son los pecados, sino grandes tinieblas que hacen una noche pesada? Así, pues, se convienen, que un día sea antes de la Ley, cuando el pecado estaba oculto: y a este se le añada aquella noche, en la que la niña muerta yacía en la casa, como el pecado que estaba oculto dentro de la conciencia. El segundo día sea bajo la Ley, cuando se dijo al hombre, "No codiciarás" (Éxodo XX, 17); y el

pecado salió a la luz pública: y a este se le añade aquella noche, en la que el hijo de la viuda estaba fuera de la puerta, como el pecado del alma que estaba oculto dentro, salió a la luz pública. El tercer día sea bajo la Gracia, cuando ya el alma peca más, porque conoce la voluntad de su Señor, y hace cosas dignas de azotes (Luc. XII, 47), y bajo tanta plenitud de gracia, con razón los pecados ya huelen mal: y a este se le añade aquella noche de la muerte de Lázaro yacente en el sepulcro, como el alma cubierta y apestada por los pecados. En estos tres días y noches estuvo Cristo en el corazón de la tierra; esto es, yacía la fe de Cristo en los corazones de aquellos que habitan en la tierra. Tienen, pues, las almas en estos días y noches tanto los preceptos de la ley como las voces de penitencia, para que puedan resucitar con Cristo. Al día y noche del pecado oculto, la ley es general, "Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas a otro" (Tob. IV, 16). Y su voz de penitencia es, "No recuerdes los pecados de mi juventud y mis ignorancias" (Sal. XXIV, 7). Al siguiente día del pecado manifestado, la ley es, "No codiciarás" (Éxodo XX, 17). Y su voz de penitencia es, "Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos" (Sal. L, 6). Al tercer día y noche del alma ya sepultada en la costumbre del pecado, la ley es, "Mira, has sido sanado, no peques más" (Juan V, 14). Y su voz de penitencia es, "Señor, libra mi alma de la muerte" (Sal. CXIV, 4); y, "Has sacado mi alma del infierno" (Sal. XXIX, 4). A través de estos tres tiempos, como a través de tres días, las almas resucitan con Cristo, a quienes se les dice por el profeta, "Resucitarán los muertos, y se levantarán los que están en los sepulcros, y exultarán todos los que están sobre la tierra" (Isaías XXVI, 19). Y a quienes se les dice por el Apóstol, "Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo" (Efes. V, 14). Y ya resucitados, esto es, liberados de los pecados, se les dice, "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios" (Col. III, 1): porque el Señor Jesús, resucitando de entre los muertos, fue ascendido a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre.

CAPÍTULO VII.

7. Cristo como hombre, está sentado a la derecha del Padre; como Dios, está en todas partes. ¿Quién es el que está sentado a la derecha del Padre? El hombre Cristo. Pues en cuanto Dios, siempre con el Padre y del Padre; y cuando vino a nosotros, no se apartó del Padre. Esto es ser Dios, estar en todas partes completamente. Todo el Hijo está con el Padre, todo en el cielo, todo en la tierra, todo en el vientre de la virgen, todo en la cruz, todo en el infierno, todo en el paraíso donde introdujo al ladrón. No decimos que está en todas partes completamente en diferentes tiempos o lugares, para que ahora esté completamente aquí, y en otro tiempo completamente allá: sino que siempre está completamente en todas partes. Pues si Dios concedió esto a esta luz que se ve con nuestros ojos, que esté completamente en todas partes: pues cuando está aquí, no está ausente en Oriente o en otras partes de la tierra; sino que está completamente en todas partes, y en todo está completamente, y satisface los ojos de todos, y ella misma permanece íntegra: si esto puede la criatura, ¿cuánto más el mismo Creador? Pero esto que se dice que el Hijo está sentado a la derecha del Padre, se demuestra que el mismo hombre que Cristo asumió, recibió el poder de juzgar.

CAPÍTULO VIII.

8. Cómo será la venida de Cristo para el juicio. De allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Su venida la indica el libro de los Hechos de los Apóstoles. Pues después de que resucitó de entre los muertos, convivió con sus discípulos durante cuarenta días y cuarenta noches, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, no porque tuviera debilidad, sino para enseñar la verdad. Al cuadragésimo día, mientras ellos lo veían y de algún modo lo seguían con la vista hacia el cielo, se les aparecieron dos hombres con vestiduras blancas, que les dijeron:

"Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido llevado al cielo de entre vosotros, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos I, 3-11). Vendrá, pues, hermanos míos, vendrá: aquel que primero vino oculto, vendrá manifiesto en poder; aquel que fue juzgado, vendrá a juzgar; aquel que estuvo ante el hombre, juzgará a todo hombre. Dios vendrá manifiesto. ¿Qué significa, "Dios vendrá manifiesto"? No como antes, hombre humilde; sino como Dios hombre, sublime en majestad. Y juzgará (Sal. XLIX, 3). ¿Cómo juzgará? Pues no como un juez terrenal buscará testigos para condenarte, ni buscará la verdad mediante tormentos para castigar al confeso; cuando el juez se siente, será la misma justicia, y su testigo será la misma mala conciencia. Aquel juez, amadísimos, no es prevenido por la gracia, ni ya es movido por la misericordia; ni es corrompido por el dinero, ni mitigado por la satisfacción. Aquí, aquí, mientras hay tiempo, haga el alma lo que pueda por sí misma, donde hay lugar para la misericordia: pues allí no tendrá qué hacer por sí misma, porque será solo lugar de justicia. Aquí haga el alma penitencia, para que él pueda cambiar la sentencia: aquí dé pan, para que después reciba salvación; aquí haga misericordia, para que allí encuentre indulgencia.

CAPÍTULO IX.

9. Tres personas son un solo Dios. Creemos también en el Espíritu Santo. Decimos que el Espíritu Santo es Dios, pero no decimos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres dioses, sino uno; porque una es la eternidad, una la majestad, una la potestad. El Padre no es el Hijo, sino el Padre del Hijo; el Hijo no es el Padre, sino el Hijo del Padre; el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu del Padre y del Hijo: tres personas, pero un solo Dios. ¿Cómo, preguntas, nombras tres, y dices uno? Muestra esto ya sea con razón, o con alguna similitud, por la cual se pueda entender qué es eso. ¿Qué razón, o qué similitud puede compararse a esa cosa invisible? Sin embargo, que su majestad nos perdone, porque nuestra debilidad pone alguna similitud que se presenta de su criatura, por la cual vuestra Caridad pueda entender. Pues si él no lo permitiera, ¿quién de nosotros se atrevería a hablar de su divinidad? No es en vano que toda criatura esté sujeta al Creador: sin embargo, en ninguna otra especie quiso aparecer nuestro Dios sino en el fuego. Pues también al santo Moisés le apareció en la zarza en una llama (Éxodo III, 2), y a los hijos de Israel les proporcionó guía en una columna de fuego (Éxodo XIII, 21), y sobre los discípulos reunidos derramó el don del Espíritu Santo en lenguas de fuego (Hechos II, 3). Este elemento tiene un gran sacramento, por el cual ejercita el ingenio del que busca. He aquí que en el fuego vemos tres cosas; fuego, resplandor y calor: y aunque son tres, es una sola luz. Surgen juntos, y juntos permanecen: ni el fuego precede al resplandor, ni el resplandor al calor. Y estos no son confusamente uno, ni separadamente tres; sino que siendo uno, son tres. Operan juntos, y aunque operan inseparablemente, se atribuye algo al fuego, algo al resplandor, algo al calor. Pues cuando refieres la quemadura al fuego, allí operan también el resplandor y el calor: y cuando refieres la iluminación al resplandor, operan juntos el fuego y el calor: y cuando refieres el calentamiento al calor, operan juntos el fuego, el calor y el resplandor. Así cuando se dice que Dios hizo el mundo, se entiende al Padre con el Hijo, y por el Hijo, y con el Espíritu Santo. Y cuando decimos que el Hijo sufrió por nosotros, entendemos que la pasión del Hijo fue operada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y cuando se atribuye la remisión de los pecados al Espíritu Santo, entendemos que toda la Trinidad también opera inseparablemente este don. Esto se ha dicho para vuestra Caridad por los herejes arrianos u otros que piensan de Dios de manera indigna. Sin embargo, aquello que es inefable e incomprensible, ni con palabras angélicas puede explicarse, ¿cuánto menos con humanas?

CAPÍTULO X.

10. El bautismo borra todos los pecados. La remisión de los pecados. El santo Bautismo borra absolutamente todos los delitos, tanto originales como propios: dichos, hechos, pensamientos, conocidos, desconocidos, todos son perdonados. Renueva al hombre, quien hizo al hombre; concede los delitos, quien no busca méritos: la gracia previene incluso a la misma infancia, para que sean libres por Cristo liberados, quienes en Adán estaban antes cautivos por el diablo.

CAPÍTULO XI.

11. La fe en la resurrección se persuade con la similitud de la semilla. La resurrección de la carne. Toda la esperanza de nuestra fe es esta, que resucitaremos. Todos resucitaremos, dice el Apóstol, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51). Resucitarán los buenos, resucitarán los malos: pero los buenos, para disfrutar de la bienaventuranza eterna; los malos, para ser castigados con fuego perpetuo. Allí se distinguirá al fiel del infiel, para que la fe reciba su premio y la perfidia obtenga el lugar del castigo. Y no se engañen en vano los incrédulos, que oyen en el Salmo, "No resucitarán los impíos en el juicio" (Sal. I, 5). En el juicio se ha dicho, es decir, no resucitarán para ser juzgados, porque por la infidelidad ya fueron condenados, según aquella sentencia del Señor, "El que no cree, ya ha sido juzgado" (Juan III, 18). Pero el Apóstol, para quitar toda duda del corazón de los incrédulos, propuso la similitud del sembrador, y dijo: "Necio, lo que siembras no se vivifica, si no muere" (I Cor. XV, 36). ¿Qué sucede en la semilla, creo que ninguno de vosotros lo ignora, cómo los granos triturados, purificados, almacenados, se sacan, se arrojan, se entierran. Pues si no fuera conocida la fertilidad de la cosecha, esto se creería una locura. Sin embargo, cuando se entierran y se dejan bajo tierra fuera de la vista, yacen muertos. Ahora bien, si la curiosidad exige verlos antes de que descienda la lluvia; ve lo que había depositado íntegro, podrido y corrompido. Pero si falta la esperanza de la cosecha, el dolor quema el corazón; cree haber perdido lo que tenía guardado. Pero cuando llega la lluvia, ¿cómo deleita ver la hierba verde, el tallo que se levanta, alcanzando los nudos, produciendo el tallo, sacando las espigas! ¿Deleita ver lo que yacía muerto, así revivido? Pero no se atribuya la fertilidad a la tierra, porque "el Señor da la suavidad" (Sal. LXXXIV, 13). Pues si la lluvia no desciende de arriba, incluso la buena tierra no produce espigas, sino espinas que se entregan al fuego, no que se guardan en el granero. De manera similar, nuestra tierra, es decir, nuestra carne, ya sea aquí o allá, no se atribuya méritos: sino que reconozca que incluso allí recibirá gracia por gracia.

CAPÍTULO XII.

12. La felicidad de la vida eterna no puede explicarse con palabras. Debemos adherirnos a la Iglesia de Dios. En la vida eterna. Todo bien, que resucitaremos, que seremos liberados de los pecados, será eterno, y por eso será un bien eterno, porque permanecerá en la vida eterna. Pero, ¿qué es ese bien que Dios promete a sus santos, quién puede explicarlo con sus palabras? Sin embargo, podemos decir más fácilmente en esa vida eterna qué no hay allí, que qué hay allí. No hay muerte, no hay luto, no hay cansancio, no hay enfermedad, no hay hambre; no hay sed, no hay calor, no hay corrupción, no hay necesidad, no hay tristeza, no hay tristeza. He aquí que hemos dicho qué no hay allí: pero, ¿queréis saber qué hay allí? Esto es, "Ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. II, 9). Si no subió al corazón del hombre, que el corazón del hombre suba allí. Que el corazón se purifique de toda inmundicia, para que pueda llevar a Dios, que es la verdadera y eterna justicia. Pues Dios permanece en el corazón del creyente, y de quien le ama: y el hombre permanece en Dios, es decir, en la vida eterna, que es el premio de quien ama a Dios.

13. Ni amar, ni querer puede alguien, quien no está en su Iglesia; porque todo el que está fuera de ella, tampoco está con Dios, que es vida eterna. Por eso la conclusión de este sacramento termina con la Iglesia, porque ella es la madre fecunda, íntegra y casta, difundida por todas partes, que espiritualmente da a luz hijos a Dios, que espiritualmente nutre a los pequeños con la leche de sus palabras, que enseña sabiduría a los niños, que guarda a los jóvenes de la lujuria y la impudicia con su santa castidad, que arma a los jóvenes con la fortaleza de la virtud contra el diablo, que enseña prudencia a los ancianos, que hace venerables a los mayores de edad. A través de ella, jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes, toda edad y ambos sexos alaban el nombre del Señor (Sal. CXLVIII, 12). Esta madre que ama tanto, que cuida tanto, que aconseja tanto, amémosla todos, amadísimos: adhirámonos inseparablemente a ella; para que junto con ella y por ella merezcamos ser unidos perpetuamente a Dios Padre.

DE SYMBOLO AD CATECHUMENOS SERMO ALIUS. (C,G)*

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los catecúmenos son preparados para el Bautismo mediante el signo de la cruz y varios sacramentos. Profesión de renuncia. Mientras la santa madre Iglesia os acoge en su seno con el santísimo signo de la cruz, y como a vuestros hermanos os dará a luz espiritualmente con gran alegría, futura nueva prole de tan gran madre, hasta que os restituya a la verdadera luz, regenerados por el santo lavacro, os alimenta con adecuados nutrientes mientras os lleva en su seno, y os conduce gozosa al día de su parto: pues no está sujeta a la sentencia de Eva, que da a luz a sus hijos con tristeza y gemido (Gén. III, 16), ni a ellos gozosos, sino más bien llorosos. Esta desata lo que aquella había atado, para que la prole que por su desobediencia entregó a la muerte, esta la restituya a la vida por la obediencia. Todos los sacramentos que se han realizado y se realizan en vosotros por el ministerio de los siervos de Dios, desde los exorcismos, oraciones, cánticos espirituales, insuflaciones, cilicio, inclinación de las cervices, hasta la humildad de los pies, el mismo temor debe ser buscado con toda seguridad; todo esto, como dije, son alimentos que os nutren en el seno, para que renacidos del Bautismo, vuestra madre os presente alegres a Cristo. Habéis recibido también el Símbolo, protección de la parturienta contra el veneno de la serpiente. En el Apocalipsis del apóstol Juan está escrito que el dragón estaba ante la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo cuando naciera (Apoc. XII, 4). Ninguno de vosotros ignora que el dragón es el diablo. Aquella mujer significaba a la virgen María, que dio a luz íntegro a nuestra cabeza, quien también demostró en sí misma la figura de la santa Iglesia: así como permaneció virgen al dar a luz a su hijo, así también esta da a luz a sus miembros en todo tiempo, sin perder su virginidad. Hemos asumido, con la ayuda del Señor, la tarea de exponer las mismas sentencias del santísimo Símbolo, para que os comuniquemos a vuestros sentidos lo que cada una contiene. Vuestros corazones están preparados, porque el enemigo ha sido expulsado de vuestros corazones. La casa ha sido purificada, no debe quedar vacía; no sea que cuando el desertor la encuentre vacía, traiga consigo a otros siete peores que él, y el estado final de aquel hombre, como dice el Evangelio, sea peor que el primero (Luc. XI, 26). Tan pronto como el peor invasor haya sido expulsado, que sea introducido el mejor poseedor. ¿Quién es el invasor? El diablo. ¿Qué ha invadido? Al hombre que no hizo, y además lo engañó. Le prometió inmortalidad, y le ofreció iniquidad. A este habéis profesado renunciar: en esta profesión, no a los hombres, sino a Dios y a sus ángeles escribiendo, dijisteis, Renuncio. Renunciad no solo con palabras, sino también con costumbres; no solo con el sonido de la lengua, sino también con el acto de la vida; ni solo con labios sonantes, sino con obras pronunciantes. Sabed que habéis asumido un combate con un enemigo astuto, antiguo y vetusto: que no encuentre en vosotros, después

de la renuncia, sus obras, para que no os arrastre con derecho a la servidumbre. Serás descubierto y desenmascarado, cristiano, cuando haces una cosa y profesas otra: fiel de nombre, mostrando otra cosa en la obra, no manteniendo la fe de tu promesa; ahora entrando en la Iglesia para orar, poco después gritando impudicamente en los espectáculos de los actores. ¿Qué tienes que ver con las pompas del diablo, a las que renunciaste? ¿Por qué cojeáis con ambos muslos? Si Dios es, id tras él: si el mundo es, id tras él. Si se elige a Dios, sírvale según su voluntad: si se elige al mundo, ¿por qué se acomoda un corazón falso como si fuera a Dios? Cualquiera que, despreciando a Dios, sigues al mundo, también el mundo te abandona. No quieres cumplir la voluntad de Dios siendo bueno, y de ti malo se cumple la voluntad de Dios. Sigue aún cuanto puedas al fugitivo, y si puedes, aprehéndelo, reténlo: pero veo que no puedes, te engañas. Pues él, recorriendo sus movimientos inestables con el golpe de un torrente, cuando te ve adherido a él y reteniéndolo, te arrastra no para salvarte, sino para perderte. ¿Qué tienes que ver con las pompas del diablo, amante de Cristo? No te engañes: pues Dios odia a tales, ni cuenta entre los suyos a los profesores que ve desertores de su vida. He aquí que el mundo es ruinoso, he aquí que Dios ha llenado el mundo de tantas calamidades, he aquí que el mundo es amargo, ¡y así se ama! ¿Qué haríamos si fuera dulce? Oh mundo inmundo, quieres ser retenido pereciendo; ¿qué harías si permanecieras? ¿A quién no engañarías dulce, si amargo mientes los alimentos? ¿Queréis, amadísimos, no adheriros al mundo? Elegid amar al Creador del mundo; y renunciad a las pompas mundanas, cuyo príncipe es el diablo con sus ángeles.

CAPÍTULO II.

2. Que la fe preceda, para que la recompensa de la visión siga. Todos somos malos. Creed. Cree de tal manera que desees ver lo que crees. Alguien dice: He aquí que creo y deseo ver lo que creo; ¡ojalá se me mostrara, para que mi fe se alegrara con la misma visión! Si ahora vieras, no creerías: por eso crees, porque no ves; pero cree de tal manera que veas. La fe es obra: la visión de Dios es recompensa. Quieres recibir la recompensa antes de tiempo, quien no has trabajado en la obra. ¿No es cierto que a todo trabajador contigo, justamente no le das la recompensa, a menos que la obra se complete? Lo que haces con tu siervo, eso pide a tu Señor. Te beneficia que por la fe te ejercite: al diferir su visión, encomienda su don, no lo niega; para que desees más lo que se ha diferido, no sea que se devalúe lo que se da rápidamente. Sin embargo, no te abandona, quien ahora útilmente retira su visión: tus ojos no lo captan. Sin embargo, él te atiende en todo momento. Aplica los ojos de la fe. ¿No ves su rostro cuando crees en su unigénito Hijo? ¿No ves sus manos cuando contemplas toda la creación? ¿No oyes su boca cuando adviertes que se recitan sus preceptos? ¿Cómo derramas tu oración, si no sabes que llega a aquel de quien dice el profeta: He aquí los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones (Sal. XXXIII, 16)? Si también buscas conocer sus pies, escucha a quienes quiso que fueran sus pies: ¡Cuán preciosos son los pies, dice, de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien (Is. LII, 7)! Hemos enumerado los miembros: pero Dios no está contenido en estos miembros humanos, ya que no está en un lugar, sino que está en todas partes. Hablamos según el modo de la inteligencia humana, no según la inefable virtud de la majestad divina. ¿Quieres saber cómo es? Mira la obra, y entenderás al hacedor; examina lo que ha hecho, y entenderás a quien todo lo creó. He aquí que el profeta dice a Dios: Los cielos de los cielos no te pueden contener (II Par. VI, 18). Y a quien no contienen los espacios del cielo, lo contienen las estrecheces del corazón humano, diciendo él mismo: Habitaré en ellos, y caminaré entre ellos (II Cor. VI, 16). Y el Señor Jesús: El que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él: y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV, 21 y 23). He aquí cómo te hizo el Omnipotente que te creó. Reconócete primero quién eres, y conocerás quién te hizo quién es.

Rey terrenal, por eso mortal, porque es visible: Rey celestial inmortal, e invisible. Rey terrenal, aunque no ha creado nada, sin embargo ha recibido todo en su poder: ¿y no crees que el Rey que todo lo creó, todo lo gobierna y rige? ¿Cómo, dices, todo lo gobierna y rige? He aquí que tantas cosas malas suceden en el mundo, ¡y no castiga! Oh hombre, ¿niegas su poder porque él muestra gran paciencia? No deja impune al pecador; lo guarda, o para corregirlo mediante el arrepentimiento, o para castigarlo en el juicio final. Créeme, oh tú quienquiera que seas que te quejas de los males, que todos somos malos. Si, como deseas, Dios retribuyera inmediatamente a los malos con males, no quedaría nadie que murmurara de otro. Pero por eso ese gran Rey, que sabe cómo gobernar lo que creó, no cumple las voluntades perversas, sino que perfecciona la suya recta, para enseñarte su paciencia. No quieras convertir a Dios a tus furias: que te gobierne quien te hizo; pues si quieres ser gobernado por ti mismo, inmediatamente caerás por ti mismo. Tanto tiempo permaneció aquel primer hombre, mientras se adhirió a Dios: lo dejó, y fue dejado. Quiso probar sus fuerzas, y encontró miserias tanto nuestras como suyas. ¡Cuán bueno le hubiera sido, si hubiera hecho lo que el Salmo aconseja: Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará (Sal. LIV, 23)! Si entonces aquel hombre no quiso ser cauteloso, ahora el hombre tenga cuidado al menos por experiencia.

3. Confesemos, entendamos que tenemos un Rey inmortal e invisible: a quien nadie ha visto, ni puede ver con estos ojos (I Tim. VI, 16). Estas son palabras del Apóstol.

CAPÍTULO III.

Sobre la visión de Dios. Cómo veía Moisés a Dios. Si nadie ha visto a Dios, ¿cómo habló con Moisés cara a cara, como alguien habla con su amigo? Surge una cuestión no pequeña. Pues el Señor dice: No como con otros por enigmas, así hablaré con Moisés mi siervo; sino que le hablaré cara a cara. Y la Escritura añade lo que dijimos antes: Porque Moisés hablaba con Dios cara a cara, como alguien habla con su amigo. Si hablaba con él cara a cara, y lo veía, ¿cómo es verdad aquello apostólico, que a Dios nadie lo ha visto jamás, ni puede verlo? Pero si Moisés lo veía, ¿qué significa que él mismo poco después pide como gran cosa, y dice, Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro; y el Señor le dice, Mi rostro no será visto por ti: porque nadie verá mi rostro y vivirá? ¿Dónde está aquello que veía? Y si lo veía, ¿por qué deseaba ver lo que veía? ¿Y cómo se le negaba lo que ya se le mostraba? Ejercita el ingenio del que busca. Moisés veía a Dios no con los ojos corporales, sino con los ojos de la mente. Y porque aquella luz perpetua, que es Dios, lo había iluminado más que a los demás, por eso se dijo, Hablaba con él cara a cara: como si se dijera, Se le manifestó más que a todos. En lo que se dijo, Porque nadie podrá ver mi rostro y vivir; se mostró que nadie puede ver a Dios con estos ojos corporales. Pero lo que se concedió al fidelísimo siervo de Dios Moisés, para que su gran deseo no fuera frustrado en todo, debe conocerlo vuestra Caridad. Se le dijo por el Señor, como narra la misma Escritura: Ve, sube sobre la roca en Horeb, y quédate allí; y pasará mi gloria ante ti, y verás mis espaldas: pero mi rostro no será visto por ti (Num. XII, 8, y Éxod. XXXIII, 13-23). No sea que se infiltre un entendimiento perverso, o un sentido herético, y alguien piense que Dios es corpóreo, vigile la fe piadosa y la doctrina católica. Pues la Escritura divina habla con figuras místicas, guardando los tiempos para las cosas, que reconocidos ejerciten la verdad manifiesta: porque tampoco carece de misterio que Moisés fuera mandado a subir al monte Horeb sobre la roca, y quedarse allí. Esa es la roca que, golpeada, produjo aguas para el pueblo sediento (Éxod. XVII, 6): de la que dice el santo David, Rompió la roca, y fluyeron aguas (Sal. LXXVII, 20). El Apóstol, exponiendo esto, dice: Nuestros padres comieron el mismo alimento espiritual, y bebieron la misma bebida espiritual. Bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo (I Cor. X, 4 y 5). Esas son las espaldas de Dios, Cristo de Dios. Esto vio Moisés profetizando, lo que Pablo

expone diciendo: Cuando vino, dice, la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer (Gál. IV, 4). Aquí pone mujer, guardando la costumbre de la locución hebrea, que llama mujeres a todas las féminas. Pues está escrito, Guardad a las mujeres que no han conocido varón (Num. XXXI, 18): y de la misma Eva se dijo, La formó en mujer (Gén. II, 22); antes de unirla al varón, la llamó mujer.

CAPÍTULO IV.

4. Natividad de Cristo. La fe y la verdad proclaman que Cristo nació de una virgen. Así lo habéis recibido, así dijisteis creer, Creo. Esta natividad de Dios y hombre se hizo causa del hombre: para que aquella sublime Majestad procedente del corazón del Padre, se infundiera en el seno de la madre, la causa exigió piedad; para que el hombre perdido fuera encontrado, y por el Mediador fuera restituido a Dios Padre. Sin embargo, esta segunda natividad es maravillosa, hermanos amadísimos. Pero aquella primera en la que nació del Padre sin madre alguna, ¿quién la narrará? Si no podemos explicar esta, ¿cuándo podremos siquiera comenzar aquella? Si esta nos ejercita de tal manera que da lugar a la fe; ¿cuándo alcanzamos aquella, que ni los corazones de los Profetas pudieron comprender? De esta segunda, sin embargo, maravillosa e inefable, digamos algo, que se hizo por nosotros, para que el Verbo se hiciera carne, y habitara entre nosotros (Juan I, 14). Pues ¿quién no se asombra, cuando oye que Dios nació? Oyes que nace, ve en su mismo nacimiento haciendo milagros. El vientre de la virgen se hincha, el claustro del pudor permanece: se llena el útero de la madre sin ningún abrazo del padre, siente la prole quien se ignoraba esposa. El ángel habla a la virgen, el corazón de la virgen se prepara, Cristo es concebido por la fe. ¿Te asombras de esto? Aún asómbrate. La madre da a luz y es virgen, fecunda e intacta: nace el hijo sin padre humano, quien hizo también a la misma madre. El Hacedor de todo se hace entre todo: es llevado en las manos de la madre el rector de todo el orbe: lame los pechos, rigiendo las estrellas: calla, y es el Verbo. Aún no se demostraba por la lengua quién era, y toda la creación indica a su nacido Creador. Los ángeles anuncian a los pastores, la estrella invita a los Magos: la rusticidad de los pastores exige la advertencia de los Ángeles, la curiosidad de los Magos es instruida por la lengua de los cielos. Los Magos proclaman al rey de los judíos, los judíos lo niegan: aquellos buscan adorarlo, estos buscan matarlo. Dicen los Magos al rey Herodes a quién buscan nacido Rey: dicen los judíos de qué ciudad surgirá Cristo para reinar. Ambos proclaman, ambos confiesan: pero aquellos de una manera, estos de otra; aquellos, para que encontrado sea adorado; estos, para que capturado sea muerto. Oh judíos, para esto llevando en las manos la lámpara de la Ley, para mostrar el camino a otros, e introducir tinieblas en vosotros: he aquí que los Magos, primicias de las naciones, ofrecen dones a Cristo, no solo oro, incienso y mirra, sino también sus almas; y vosotros sois rechazados por vuestra propia iniquidad, para que aquel que vino a liberar a los atados, dementes lo busquéis para matarlo. ¿De qué os sirvió, que revelasteis a Herodes, dónde nacería Cristo? ¿No os dañasteis a vosotros mismos más de lo que dañasteis a Cristo? Pues al oír él de vosotros dónde podría encontrarse Cristo nacido, inmediatamente ordenó matar a los infantes de vuestra gente. Herodes se enfurece, para perder entre muchos a uno: y matando a muchos se hace culpable, y no mata a quien busca, hombre Dios. Oh Herodes, ¡cuán grande es tu iniquidad! y matas a los infantes, y acumulas testigos de tu maldad; y Cristo no es hallado por ti, porque aún no ha llegado su hora para sufrir. Eres ciertamente perseguidor de Cristo y culpable de su muerte, sin hacerle nada: pero mientras haces mucho contra él, te perdiste a ti mismo. ¿Por qué temes a tal Rey, que vino a reinar de tal manera que no quiere excluirte? A quien buscas, es Rey de reyes: si quisieras asegurar tu reino, le suplicarías a él, para que de él recibieras el eterno. Que Cristo reine como vino a reinar: reciba a los creyentes, se burle de los perseguidores, haga a los que luchan, ayude a los que trabajan, corone a los vencedores; conceda santidad, ame la castidad,

recompense la virginidad. Alegraos, santas vírgenes, la virgen dio a luz a Cristo. No os entristezca la esterilidad, cuya fe es gran fecundidad; ni os doláis de no ser madres, que espiritualmente generáis, permanecéis vírgenes, recibís hijos, no perdéis la integridad. Habéis recibido de él el nombre materno, para que el decoro de la castidad permanezca en vosotras eternamente. Amad lo que sois, guardad lo que habéis recibido. Imitad fielmente a la madre de vuestra cabeza, vuestro esposo: no os negó las arras, quien nació de la virgen María. Lo que concedió a tan gran madre, y en su carne guardó, esto también os donó la virgen madre, la santa carne de Cristo, íntegra de toda contaminación. Pero ni su carne fue estéril, pues por ella predicando regeneró hijos espirituales a la vida, y después de la pasión fructificó por todo el mundo siendo muerta.

CAPÍTULO V.

5. Pasión. Crucifixión. De esta libertad total asumida, el alma cristiana debe tomar confianza en sí misma. No debe avergonzarse de haber creído en Cristo crucificado. Esa cruz no es una deshonra para los fieles, sino un triunfo. Esa cruz es nuestro estandarte contra nuestro adversario, el diablo: pues nuestro Rey luchó por nosotros contra nuestro adversario. El adversario, el diablo, amenazaba con la muerte para atemorizar, pero Cristo prometía la vida eterna. El adversario, el diablo, decía que destruiría la carne: pero nuestro Rey, para enseñar cómo su ejército vencería, demostró en sí mismo que no se debe temer la muerte del cuerpo, ya que él mismo se dignó morir primero por todos, para que su ejército no pudiera ser asesinado por el diablo en el alma. En esa batalla, el diablo buscaba, si se le consentía, perder las almas y prometía la salvación de los cuerpos. Cristo enseñaba a morir por un tiempo, y a vivir el alma y el cuerpo para siempre. Aquel decía: Si me consentís, os daré esta vida temporal; Cristo decía: Si no os apartáis de mí, no perderéis ni la temporal y recibiréis la eterna. El diablo decía: No perdáis esta luz; Cristo decía: Yo, que hice también esta, os daré una mejor. Lo que aquel promete, dice nuestro Cristo, no tiene el poder de darlo, y esta luz es mía, y esta vida fue creada por mí: pero aquella por la cual vine a enseñar, es mucho más excelente y mejor. Pasad de lo bueno a lo mejor, para que no permanezcáis en lo peor consintiendo al diablo. En esta gran contienda, mientras el diablo captura, Cristo libera; el diablo engaña, Cristo redime; el diablo mata, Cristo restaura. En medio de todo esto, el adversario, el diablo, pensó que nuestro Rey mismo sería destruido en la carne, como si, al derribar la cabeza, los demás miembros se le sometieran más fácilmente: y engañado en lo que veía, no pensaba que Dios se ocultaba en la carne: ignorante de tan gran sacramento, que él era el Mediador, y así unía a Dios en el hombre, para unir al hombre con Dios; mató como a un hombre poderoso defendiendo a los hombres, y sintió a Dios liberando a todos los hombres que había creado. Finalmente, en esa misma pasión, ved el espectáculo de tan gran contienda. Judas se arma para vender al maestro por un precio, y quien estaba en el número de los discípulos, se convierte en partícipe del consejo de los judíos, da un beso falso, en el cual había una señal de maldad: finge paz lleno de malicia en el corazón. Se excitan los judíos, vienen con antorchas, linternas y armas: muchos buscan a uno, y vienen los hijos de las tinieblas, llevando en sus manos la luz, por la cual mostrarían a otros la verdadera, que ellos, cegados de corazón, no podían retener. Pero el Señor Jesús, sabiendo todo lo que iba a sucederle (pues no ignoraba nada quien había venido para esto), salió a ellos y les dijo: ¿A quién buscáis? Y ellos: A Jesús Nazareno. Él les dijo: Yo soy. Y cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra (Juan XVIII, 4-6). He aquí un rayo de la verdadera luz aún oculto bajo la nube de la carne, miró las tinieblas y las postró en tierra. ¿Cómo entonces los judíos se atreverán a mirar aquella claridad, cuando no pudieron soportar esta debilidad? Pero para cumplir por lo que había venido, las tinieblas se levantan de nuevo: les da poder, las tinieblas capturan la luz, no para seguirla, sino para matarla; la luz se permite ser capturada,

llevada, colgada, matada, para que, despojada de la nube de la carne, devuelva el resplandor de la majestad. ¿Qué sucedió finalmente en esa contienda? ¿Cuán más fuertes se creían los ministros del diablo, mientras rechinaban los dientes, mientras se burlaban, mientras agitaban la cabeza, mientras imponían la corona de espinas, mientras rasgaban sus vestiduras, mientras veían colgado a aquel que habían visto hacer milagros, mientras daban hiel y vinagre, mientras lo atravesaban con una lanza? ¿Qué voz como de victoria fue la de ellos diciendo: Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo XXVII, 40)? Pero esto lo clamaba a través de ellos, quien deseaba quitarle la paciencia a Cristo, para que, excitado por las burlas de los judíos, demostrara su poder, pero perdiera la paciencia. Pero aquel Rey fuerte, y el singular consejo por el cual nace y se gobierna todo consejo sano, miraba a ambos ejércitos, guardaba a ambos ejércitos, de paciencia y de poder: y lo que guardó, lo mostró. Pues guardó la paciencia, porque no descendió de la cruz; y mostró el poder, cuando resucitó del sepulcro. Mientras colgaba en la cruz, falsa victoria de los judíos: mientras resucitó del sepulcro, verdadera confusión de los judíos, y victoria eterna de los cristianos. Mientras colgaba en la cruz, los discípulos tristes, afligidos y dispersos: mientras resucitó del sepulcro, gozosos, están reunidos en una casa. Mientras colgaba en la cruz, desconfianza de los discípulos: mientras resucitó del sepulcro, congregación de los gentiles. Mientras colgaba en la cruz, Pedro negó por miedo: mientras resucitó del sepulcro, el mundo entero cree por amor. No solo entonces se libró esta contienda, sino que ahora se libra: se lucha, los miembros de Cristo trabajan bajo la presión del adversario, se le resiste; porque nuestra cabeza ya está sentada en el cielo. Para esto quiso él luchar, para enseñarte cómo vencer. Pero si tus fuerzas son pequeñas, invoca a ese salvador, invoca a ese ayudador. Cuando te vea invocándolo fielmente, quien por ti colgó en el madero, preparará aquí la victoria y la corona de la victoria en el cielo.

CAPÍTULO VI.

6. Resurrección al tercer día. La muerte de tres días del Señor fue predicha y prometida por los profetas, y cumplida. Pues el profeta Oseas dice: Después de dos días nos resucitará, al tercer día vendremos, y lo encontraremos preparado como antes del amanecer (Oseas VI, 3): mostrando que resucitamos en él, ya que se dignó tomar de nosotros la carne en la que moriría. ¿Qué más diré de aquella figura del profeta Jonás, que el mismo Señor mostró más claramente, diciendo a los judíos: Esta generación es una generación malvada; busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así debe estar el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches (Mateo XII, 39 y 40). Comparando brevemente esa figura profética, recorramosla. Jonás fue enviado a la ciudad de Nínive para predicar su fin: Cristo fue enviado por el Padre para mostrar a todos el fin del mundo. Jonás huyó a Tarsis de la presencia del Señor: la huida de Jonás, el rápido tránsito de Cristo; de quien dice el Profeta: Se alegró como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII, 6). El profeta fugitivo subió a un barco: Cristo subió al madero, atravesando el mar de este siglo. Se desató una gran tempestad en el mar: la perturbación del mar, la perfidia de los judíos. Se echó suertes para que el profeta fugitivo fuera arrojado al mar: se echó suertes sobre las vestiduras de Cristo, para que la unidad fuera predicada a todo el mundo. Jonás fue arrojado del barco al mar: la muerte de Cristo fue colocada en los corazones de los gentiles. El profeta fue recibido por una bestia, para ser custodiado, no devorado: escucha aquí la voz de Cristo mismo a través del santo David: No dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 10). En el vientre de la bestia marina, el santo Jonás oró: en el infierno, Cristo descendiendo resucitó a los muertos. Al tercer día, el profeta fue devuelto ileso a la orilla: al tercer día, Cristo resucitando del sepulcro, fue exaltado sobre los cielos. A la predicación de

Jonás, la ciudad fue salvada por el arrepentimiento: por la predicación de Cristo, la santa Jerusalén fue redimida.

CAPÍTULO VII.

7. Ascensión. Asumido al cielo. El que descendió, dice el Apóstol, es el mismo que ascendió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas (Efesios IV, 10). ¿Quién es el que descendió? Dios hombre. ¿Quién es el que ascendió? El mismo Dios hombre. Que todo hombre reconozca que por el hombre Dios se hizo hombre. Lo que asumió por ti, lo elevó al cielo; y el cuerpo terrenal lo hizo celestial. Si crees también que puedes resucitar y ascender al cielo; porque estás seguro de tan gran prenda, estarás seguro de tan gran don. El hombre ya reina asumido por Cristo, sentado a la derecha del Padre; y para que los suyos reciban el reino de él, llama, invita, exhorta. Que toda alma ávida de gloria se apresure hacia él, vaya a tal rey, a quien para recibir poder, no le dará precio de dinero; sino que cuando le lleve una fe plena y perfecta, incluso juzgará a los ángeles.

CAPÍTULO VIII.

8. Segundo advenimiento para juzgar. De allí vendrá. ¿Quién es este que se espera que venga a juzgar a los vivos y a los muertos, sino aquel hombre que se dignó colgar en la cruz por nosotros? Se espera que venga el hombre asumido. Sin embargo, según lo que es Dios, y es igual al Padre, siempre juzga, y siempre está presente. Pero vendrá nuestro Redentor en la forma en que fue asumido, para que se cumpla lo que el profeta Zacarías dijo de él: Verán a quien traspasaron (Zacarías XII, 10; Juan XIX, 37). Verán, por tanto, los judíos a Dios hombre siempre reinante, a quien negando desesperaron al morir. Los juzgará muertos en el alma, quien vendrá a resucitar a los muertos. Esta sentencia se entiende de dos maneras: Vivos y muertos en el alma; también vivos y muertos en el cuerpo. Según la primera, juzgará a los vivos en el alma, creyentes; y a los muertos en el alma, sin fe alguna: según la segunda, juzgará a los vivos en la carne, a quienes su advenimiento encontrará presentes; juzgará también a los muertos en la carne, a quienes Dios excelso resucitará. Elijamos, amadísimos, que su advenimiento nos encuentre vivos en el alma; para que no pecando, la carne y el alma sean condenadas por él. El fin del mundo está cerca; y si, como algunos piensan, no está cerca, el último día de cada uno de nosotros es incierto. ¿Por qué demoramos, si aspiramos a la vida bienaventurada? Corrijámonos, mientras hay tiempo, enmendémonos; tengamos buenas causas, para que no temamos el futuro día del juicio.

CAPÍTULO IX.

9. Del Espíritu Santo. Creo en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Dios, no menor que el Padre y el Hijo; sino una majestad, un poder, Trinidad inseparable, santidad indivisible, toda en todas partes al mismo tiempo: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, no tres dioses, sino Trinidad un solo Dios. Ni el Hijo está separado del Padre en el tiempo, porque es la Palabra eterna del Padre: ni el Padre es mayor que el Hijo, porque engendró a Dios igual a él sin tiempo, por quien hizo los tiempos. Ni el Espíritu Santo es menor que el Padre y el Hijo; siendo la caridad y la concordia del Padre y del Hijo. ¿Cómo es que el Hijo es menor que el Padre, como predica el hereje arriano, cuando el Apóstol lo llama Poder de Dios y Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24)? Si el Hijo es el Poder y la Sabiduría del Padre, quien lo llama menor, hace una afrenta a Dios Padre; porque sostiene que tiene en sí una sabiduría menor y un poder débil. ¿O cómo predica que el Espíritu Santo es menor incluso que el Hijo, cuando el Apóstol pone a los miembros de Cristo como templo del Espíritu Santo? Vosotros, dice, sois el cuerpo de Cristo y miembros (Id. XII, 27): y en otro lugar, ¿No sabéis, dice, que vuestros

miembros son templo en vosotros del Espíritu Santo (Id. VI, 19)? ¿Cómo no es Dios, quien tiene un templo: o cómo es menor que Cristo, cuyos miembros tiene como templo? No hay diferentes grados, donde hay una Trinidad y una eternidad triple. Porque quien compone diferentes grados, él mismo se corta de la unidad. ¿Cómo te exilias, arriano, creyendo que sostienes la verdad, cuando el mal error te separa de la doctrina católica, y proclamándote hereje, te separa de la comunión de todo el orbe en un rincón te ha condenado? Cuidad, hermanos, de las doctrinas de los herejes, como de las insidias de los lobos. Ovejas de Cristo, escuchad la voz de vuestro pastor. Quien entra por la puerta en el redil de las ovejas, ese es el pastor, dice: pero quien sube por otra parte, es ladrón y salteador (Juan X, 1, 2). Cuidad de los ladrones, cuidad de los salteadores: el pastor no cesa de clamar, no permite que sus perros lo hagan. No se separe la oveja del sumo pastor, para que no se ofrezca a sí misma a la depredación del lobo más malvado.

CAPÍTULO X.

10. De la remisión de los pecados. En la remisión de los pecados. Mantened firmemente, esperad fielmente, esperad pacientemente: se os devolverá la novedad por el Bautismo, al desaparecer la vejez; el alma se descargará de las cargas de los pecados, para que, vestida con la libertad de la nueva vida, pueda luchar valientemente contra el diablo con la ayuda divina, y vencer a aquel por quien fue vencida, para que trasladada al reino de Dios, segura del enemigo derrotado, reine con su cabeza Cristo.

CAPÍTULO XI.

11. De la resurrección de la carne. Resurrección de la carne. Se necesita una gran fe, porque se promete una gran recompensa. No atendáis a lo que ahora sucede, sino a lo que sucederá entonces: porque lo que ahora sucede, mueve a muchos. ¿A quién no conmueve, cuando ve tanta belleza, tanta hermosura, y tanto decoro, al hombre formado disolverse en polvo, los huesos dispersarse, la tierra entregarse a la tierra? No te desanimen estas cosas, cristiano. El hombre ha sido sembrado, no perdido. Al partir el alma, su morada se disuelve: pues no está presente aquella señora, que cuide de la casa de barro, y restaure sus ruinas. Pues va, para obtener con gran recompensa el reino eterno. ¿Por qué temes, oh alma? Estás dedicada a Cristo el Señor; y viviendo bien por su don, te esfuerzas por llegar al reino de Dios. ¿Por qué temes el vehículo de la muerte? Ciertamente partirás, y tu carne sufrirá injuria por un tiempo: regresarás reinando con el sumo Rey, y se te devolverá tal que no pueda corromperse, y permanezca contigo para siempre. Si vas para mejorar, ¿no crees que se te preparará una mejor morada en el reino de los cielos, de alguna manera administrando mejor? Si esta terrenal, de barro, frágil, te mostró tanta belleza; restaurada y hecha celestial, ¿qué decoro te mostrará? Si amas tanto esta, que permanece un poco y pasa en el tiempo; ¿cuánto amarás aquella, que nunca carecerá de su belleza, porque en la eternidad la vida permanecerá?

CAPÍTULO XII.

12. De la vida eterna. Esto sigue en el santo Símbolo, que todo lo que creemos y esperamos, lo recibamos en la vida eterna. La vida eterna, amadísimos, nunca se vuelva vil, y siempre se endulce. Si se ama la vida, ¿por qué no se busca la verdadera? Si se ama la vida, que se busque tal que nunca termine. Y si se ama, ¿por qué no se busca? o si se busca, porque aquí no está, ¿por qué no se apresura hacia el lugar donde está? ¿Qué, que incluso la vida misma se nos ha ofrecido espontáneamente? Cristo es en verdad Dios y vida eterna. Vino a nosotros perdidos y redimió a los encontrados: vino aquí a la región de los mortales la verdadera vida misma: nos dio el sabor de su dulzura; gustamos, vimos que es dulce. Nos precedió, nos

invitó a seguirlo; y a tan gran don, del cual hemos recibido tal sabor, ¿tememos seguirlo? La vida vino a ti; devuelve el favor, ven tú también a ella. Asumió el vehículo de la muerte, para que al pasar te liberara: asume tú también la muerte, para que cuando llegues a ella, seas recibido por ella, para que nunca mueras.

CAPÍTULO XIII.

13. De la santa Iglesia. La santa Iglesia. Por eso la conclusión de este sacramento termina con la santa Iglesia, porque si alguien se encuentra fuera de ella, será ajeno al número de los hijos: ni tendrá a Dios por Padre, quien no quiera tener a la Iglesia por madre; y nada le valdrá lo que creyó o hizo tantas cosas buenas sin el fin del sumo bien. La Iglesia es madre espiritual: la Iglesia es la esposa de Cristo; blanqueada por su gracia, dotada con su preciosa sangre. Posee todo lo que recibió de su esposo en dote. Leo sus tablas matrimoniales, las recitaré. Escuchad, herejes, lo que está escrito: Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de los muertos, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones (Lucas XXIV, 47). Todas las naciones es todo el mundo. La Iglesia posee todo lo que recibió de su esposo en dote. Cualquier congregación de cualquier herejía que se siente en los rincones: es concubina, no matrona. Oh herejía arriana, ¿por qué insultas, por qué soplas, por qué incluso usurpas muchas cosas por un tiempo? La señora sufre injuria de la sierva; le infliges muchas afrentas: aunque esto le duela, no te teme mucho la esposa de Cristo, la santa Católica. Pues cuando aquel esposo mire, serás echada tú como sierva con tus hijos; porque no serán herederos los hijos de la sierva con los hijos de la libre (Génesis XXI, 10). Sea conocida la única santa y verdadera reina Católica, a quien Cristo dio tal reino, que difundió por todo el mundo, limpiándola de toda mancha y arruga, la preparó toda hermosa para su advenimiento.